



**Sistematización de experiencia: Huerta agroecológica del hogar juvenil campesino de
salgar**

Valery Arteaga Sabogal

Corporación Universitaria Minuto de Dios

Rectoría Antioquia y Chocó

Sede Bello (Antioquia)

Programa Trabajo Social

Mayo de 2026

**Sistematización de experiencia: Huerta agroecológica del hogar juvenil campesino de
salgar**

Valery Arteaga Sabogal

Sistematización de experiencia presentado como requisito para optar al título de Trabajador
Social

Asesor

Margarita Corrales

Corporación Universitaria Minuto de Dios

Rectoría Antioquia y Chocó

Sede Bello (Antioquia)

Programa Trabajo Social

Mayo de 2026

Dedicatoria

Dedico este trabajo a mi familia, especialmente a Diana Sabogal y María Ramírez, quienes han sido mi mayor apoyo y motivación en cada etapa de este camino. A ustedes, por su amor incondicional, por creer en mí incluso cuando yo dudaba y por ser la base que me permitió llegar hasta aquí.

A David Moreno Torres, por su compañía constante, por su apoyo incondicional y por haber estado presente en cada momento de este proceso, brindándome la fuerza necesaria para continuar.

Agradecimientos

A mi familia, especialmente a Diana Sabogal y María Ramírez, por su acompañamiento permanente a lo largo de este proceso formativo. Su apoyo incondicional, su comprensión frente a las exigencias académicas y su disposición constante se constituyeron en un soporte fundamental para la culminación de este trabajo. Más allá del respaldo emocional, su presencia representó un elemento de estabilidad en momentos de alta demanda, permitiendo sostener el compromiso académico y afrontar las dificultades propias del proceso. Su confianza y apoyo continuo fueron determinantes para avanzar y consolidar este logro.

A mi compañera Jhaira Alexandra Marín, por el compromiso, la corresponsabilidad y la rigurosidad demostrada durante el desarrollo de la experiencia. El trabajo conjunto permitió no solo la consolidación de este ejercicio académico, sino también la construcción de aprendizajes significativos en el ámbito personal y profesional.

Al Hogar Juvenil Campesino de Salgar, por su disposición institucional y por facilitar el acceso a un escenario real de intervención, el cual permitió el desarrollo de un proceso situado, favoreciendo la comprensión de dinámicas sociales complejas y la construcción de conocimiento desde la experiencia.

A la directora Claudia Tamayo, por su apertura, confianza y acompañamiento durante la implementación de la propuesta, elementos fundamentales para la viabilidad y sostenibilidad del proceso.

A Margarita Corrales, asesora de grado, por su orientación metodológica, sus aportes críticos y su acompañamiento continuo, los cuales contribuyeron de manera significativa al fortalecimiento analítico y reflexivo del presente trabajo.

A los jóvenes participantes, por su vinculación al proceso, por las interacciones generadas y por posibilitar la construcción de aprendizajes desde la experiencia, trascendiendo el plano teórico hacia una comprensión más amplia de la intervención social.

A David Moreno Torres, por su apoyo constante a lo largo de este proceso, por su comprensión frente a las exigencias académicas y por su acompañamiento permanente en cada una de las etapas desarrolladas. Su disposición, paciencia y compromiso se constituyeron en un soporte significativo, no solo desde lo emocional, sino también en términos prácticos, al contribuir de manera activa en momentos clave del proceso. Su presencia representó un elemento de estabilidad y motivación, facilitando la continuidad del trabajo en contextos de alta demanda, y reafirmando la importancia del acompañamiento cercano en el desarrollo de procesos académicos y personales.

Finalmente, expreso mi agradecimiento a mi profesora de la universidad y a la Corporación Universitaria Minuto de Dios (UNIMINUTO), por los procesos formativos brindados, los cuales contribuyeron al desarrollo de competencias académicas, investigativas y críticas, fundamentales para la consolidación de este trabajo de grado.

Contenido

Tabla de Contenido

Lista de figuras	8
Resumen	9
Abstract.....	11
CAPÍTULO I	12
1 Introducción y Contexto	12
1.1 Sistematización de experiencia.....	12
1.1.1 Concepto de sistematización.....	12
1.1.2 Para qué Sistematizar.....	14
1.1.3 Modelo de sistematización	17
2 Pregunta de sistematización.....	18
3 Objetivos.....	18
3.1 Objetivo general.....	18
3.2 Objetivos específicos	18
4 Eje de sistematización	19
5 Objeto de sistematización.....	19
6 Categorías de Análisis	19
6.1 Huerta sostenible	19
6.2 Fortalecimiento psicosocial	20
6.3 Jóvenes.....	20
6.4 Hogar Juvenil Campesino.....	21
6.5 Memoria.....	21

7 Contexto.....	22
7.1 Ilustración 1 MAPA DEL MUNICIPIO de Salgar, Antioquia.....	25
CAPITULO II.....	25
8 Descripción de la experiencia	25
8.1 Análisis de las relaciones entre actores.....	25
Actores clave para la reconstrucción histórica	63
9 Técnicas de recolección de datos e instrumentos de registro	63
Recuperación de la memoria a través de entrevistas	63
Revisión documental y archivos.....	64
Diseño de entrevista semiestructurada.....	64
Revisión de informes de inmersión social.....	71
Revisión y análisis de fotografías	73
10 Paso para la recuperación del proceso de sistematización de experiencia	76
11 Paso a paso de reconstrucción de la sistematización de experiencia.....	81
11.1 Reconstrucción del proceso de sistematización.....	84
12 Resultados.....	89
12.1 Interpretación general de los resultados de sistematización	112
CAPÍTULO III.....	115
14 Recomendaciones y Aprendizajes	115
14.1 Recomendaciones	115
14.2 Aprendizajes	117
¿Qué se logró de la experiencia?	119
Referencias Bibliográficas	122

Lista de figuras

Ilustración 1	25
Ilustración 2.	74
Ilustración 3.	75
Ilustración 4.	75

Resumen

El presente trabajo tiene como objetivo sistematizar la experiencia de reactivación de una huerta agroecológica en el Hogar Juvenil Campesino de Salgar, Antioquia, desarrollada durante el periodo comprendido entre febrero y mayo de 2025. Este proceso se enmarca en una práctica formativa orientada a la comprensión y análisis de dinámicas sociales, educativas y comunitarias, mediante la implementación de una propuesta que integró componentes pedagógicos, relacionales y productivos.

La experiencia se caracterizó por la articulación entre saberes empíricos, provenientes de las prácticas familiares de los jóvenes, y conocimientos técnicos brindados por el Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA), lo que permitió generar un proceso de aprendizaje significativo. No obstante, el desarrollo de la huerta estuvo atravesado por diversas dificultades, tales como resistencias iniciales por parte de los jóvenes, tensiones en la relación con actores institucionales y limitaciones propias de la gestión administrativa.

A través de un enfoque participativo y relacional, se promovió la construcción de vínculos de confianza, el trabajo colectivo y la apropiación progresiva del proyecto por parte de los jóvenes. La participación activa en las labores de siembra, cuidado y cosecha permitió evidenciar transformaciones en la percepción del proceso, especialmente a partir de la obtención de resultados concretos que aportaron al sostenimiento del hogar.

La sistematización de esta experiencia permitió identificar aprendizajes relevantes en torno a la importancia de la flexibilidad metodológica, la construcción de acuerdos desde la cotidianidad y el reconocimiento de los contextos como elementos clave en los procesos de intervención social. Asimismo, se evidenció que los procesos sostenibles son aquellos que logran

trascender la imposición, favoreciendo la participación y el sentido de pertenencia de los actores involucrados.

Palabras clave:

Huerta agroecológica; sistematización de experiencias; intervención social; participación juvenil; aprendizaje significativo

Abstract

This study aims to systematize the experience of reactivating an agroecological garden at the Hogar Juvenil Campesino in Salgar, Antioquia, developed between February and May 2025. The process was carried out within a formative practice framework focused on understanding social, educational, and community dynamics through the implementation of a proposal that integrated pedagogical, relational, and productive components.

The experience was characterized by the articulation between empirical knowledge, derived from the young participants' family backgrounds, and technical knowledge provided by the National Learning Service (SENA), which enabled the development of meaningful learning processes. However, the project faced several challenges, including initial resistance from the youth, tensions with institutional actors, and administrative limitations.

Through a participatory and relational approach, the process promoted trust-building, teamwork, and the gradual appropriation of the project by the participants. Active involvement in planting, maintenance, and harvesting activities allowed for observable changes in the perception of the garden, particularly when tangible results contributed to the well-being of the institution.

The systematization of this experience highlights the importance of methodological flexibility, context awareness, and the construction of agreements through everyday interactions. It also demonstrates that sustainable social processes are those that move beyond imposition, fostering participation and a sense of ownership among those involved.

Keywords:

Agroecological garden; systematization of experiences; social intervention; youth participation; meaningful learning.

CAPÍTULO I

1 introducción y Contexto

1.1 Sistematización de experiencia

1.1.1 *Concepto de sistematización*

La sistematización puede definirse como un proceso metodológico de recuperación, organización, análisis e interpretación crítica de experiencias sociales que busca comprenderlas en profundidad y transformarlas en aprendizajes significativos. Su propósito no es únicamente narrar los hechos ocurridos, sino descubrir el sentido de lo vivido, identificar los factores que intervinieron en el proceso, sus logros, dificultades y aprendizajes, con el fin de mejorar las prácticas futuras y generar conocimiento colectivo.

Este enfoque cobra relevancia en ámbitos comunitarios, educativos y psicosociales, dado que permite rescatar los saberes que emergen de la experiencia práctica de los actores sociales, poniéndolos en diálogo con marcos teóricos y metodológicos. De esta forma, la sistematización se convierte en una herramienta que transforma la práctica en conocimiento y que contribuye tanto al fortalecimiento organizativo como a la proyección de nuevas iniciativas.

Oscar Jara, uno de los principales referentes latinoamericanos, plantea que:

“La sistematización es la interpretación crítica de una o varias experiencias, que a partir de su ordenamiento y reconstrucción descubre o explicita la lógica del proceso vivido, los factores que han intervenido en él, cómo se han relacionado entre sí y por qué lo han hecho de ese modo” (Jara, 2018, p. 45).

Desde esta perspectiva, la sistematización no se reduce a recopilar información, sino que implica reconstruir el proceso vivido para identificar su lógica interna. Es decir, permite

comprender cómo se dio la experiencia, qué relaciones se establecieron entre los actores, qué decisiones marcaron el rumbo del proceso y cuáles fueron los aprendizajes emergentes.

Por su parte, Alicia Ghiso resalta el carácter reflexivo y transformador de la sistematización, al definirla como:

“Un proceso permanente de reflexión crítica sobre las prácticas sociales que permite explicarlas, comprenderlas y mejorarlas, recuperando el saber que ellas generan” (Ghiso, 2000, p. 13).

En esta definición se evidencia que la sistematización valora el conocimiento práctico que surge en la vida cotidiana de las comunidades, otorgándole un lugar legítimo dentro de la construcción de saber. Además, destaca que la sistematización es un ejercicio continuo que explica lo vivido, lo comprende en su complejidad y lo mejora en la medida en que recupera y resignifica lo aprendido.

Ambos autores coinciden en que la sistematización es más que una descripción: es un proceso de interpretación crítica y reflexión transformadora. Mientras Jara enfatiza en la reconstrucción de la lógica interna de la experiencia, Ghiso destaca su carácter dinámico y permanente. En conjunto, estas perspectivas permiten comprender la sistematización como una herramienta fundamental para aprender de la práctica, fortalecer los procesos comunitarios y generar conocimiento socialmente útil.

La sistematización es un proceso metodológico y reflexivo que busca recuperar, organizar, analizar e interpretar críticamente las experiencias vividas en un contexto social específico, con el fin de comprenderlas en profundidad y transformarlas en aprendizajes útiles. A diferencia de una simple descripción o memoria de actividades, la sistematización permite

descubrir el sentido de lo ocurrido, identificar la lógica interna del proceso y generar conocimientos que sirvan tanto para la práctica como para la teoría.

En el campo social y comunitario, la sistematización adquiere un papel relevante porque se fundamenta en la idea de que toda práctica genera saberes. Estos saberes, cuando son ordenados e interpretados críticamente, enriquecen la acción colectiva, fortalecen procesos organizativos y abren caminos de mejora en las intervenciones sociales.

1.1.2 Para qué Sistematizar

Explicar en una página porque es importante sistematizar desde tus palabras y puedes incluir autores

La sistematización de experiencias se erige como una metodología de investigación-intervención fundamental en el ámbito de las ciencias sociales y las prácticas comunitarias, trascendiendo la mera descripción de eventos para constituirse en un proceso de producción de conocimiento crítico y transformador. Su relevancia no radica únicamente en su capacidad de registrar lo sucedido, sino en su potencial para deconstruir la práctica, comprender su lógica interna y generar aprendizajes significativos que fortalezcan a los actores implicados y proyecten sus acciones futuras. Este capítulo desarrolla la tesis central de que la sistematización es un eje indispensable para la gestión del conocimiento, la democratización del saber y la mejora continua de los proyectos sociales, al operar como un puente dialéctico entre la experiencia vivida y la teoría, entre la memoria y la proyección estratégica.

En primer lugar, la importancia de la sistematización se fundamenta en su capacidad para generar conocimiento desde y para la práctica. Frente a paradigmas que disocian el saber teórico del saber práctico, la sistematización valida y legitima el conocimiento que emerge de la acción concreta. Oscar Jara (2018), uno de los referentes más destacados en el tema, la define

precisamente como aquel proceso que “interpreta críticamente una o varias experiencias que, a partir de su reconstrucción y ordenamiento, descubre o explicita la lógica del proceso vivido”. Esta “interpretación crítica” es el núcleo de su aporte: no se contenta con narrar, sino que busca descifrar los factores, relaciones y contradicciones que explican por qué los procesos se desarrollaron de una determinada manera. De este modo, cada práctica deja de ser un hecho aislado para convertirse en una fuente de saber, en una “teoría en acción” que puede ser socializada, discutida y enriquecida.

Al rescatar este saber práctico, la sistematización democratiza la producción de conocimiento. Reconoce que las comunidades, los educadores populares, los líderes sociales y los colectivos diversos son sujetos epistémicos, es decir, productores activos de saber y no solo destinatarios pasivos del conocimiento académico. Alfredo Ghiso (2000) sostiene que se trata de un “proceso permanente de reflexión crítica” que permite recuperar el saber que las prácticas sociales generan. Este diálogo de saberes, donde el conocimiento popular y el académico se interpelan y fertilizan mutuamente, da lugar a un entendimiento más complejo, contextualizado y útil de la realidad social.

Más allá de su dimensión cognitiva, la sistematización cumple una función social profundamente transformadora. Actúa como un mecanismo de rescate y construcción de la memoria colectiva, evitando que las experiencias, con sus logros y sus lecciones aprendidas, se diluyan en el tiempo o queden reducidas a informes administrativos desprovistos de sentido para sus protagonistas. Al reconstruir colectivamente el proceso vivido, se da voz a todos los actores, se visibilizan sus perspectivas y se fortalece la identidad grupal. Este ejercicio de rememoración crítica es, en sí mismo, un acto de empoderamiento, pues permite a los participantes reconocerse como sujetos históricos capaces de analizar su realidad e incidir sobre ella.

En este sentido, la sistematización es una herramienta pedagógica y política. Al fomentar la reflexión colectiva sobre la propia práctica, desarrolla capacidades de análisis, síntesis y evaluación en los participantes. Como señala Jara (2018), el proceso no solo produce un documento, sino que forma a las personas en una actitud crítica y propositiva. Esta capacidad reflexiva es la base para una acción social más consciente y efectiva. Al comprender críticamente los aciertos, los errores y los “nudos críticos” de una experiencia, los grupos están en una posición inmejorable para diseñar futuras intervenciones, evitando repetir dinámicas fallidas y potenciando aquellas que han demostrado su eficacia transformadora. La sistematización se convierte, así, en la base para una planificación estratégica fundamentada en la evidencia de la práctica misma.

Finalmente, la importancia de la sistematización se manifiesta en su capacidad para orientar la acción futura y garantizar la sostenibilidad de los procesos. Al extraer los aprendizajes centrales de una experiencia, se generan insumos concretos para la toma de decisiones, la réplica escalada de proyectos en nuevos contextos y la incidencia en políticas públicas. Un documento de sistematización bien fundamentado se convierte en un instrumento de comunicación poderosa para dialogar con instituciones, buscar financiamiento o articularse con otros actores, ya que no solo muestra resultados, sino que explica la lógica y los aprendizajes detrás de ellos.

La sistematización instaaura, por tanto, un ciclo virtuoso de aprendizaje-acción. Cierra el circuito entre la práctica y la teoría, y abre la puerta a una nueva práctica, ahora enriquecida por la reflexión. Este ciclo de planificar, actuar, sistematizar y replanificar es la esencia de la mejora continua y la adaptabilidad en contextos sociales complejos.

1.1.3 Modelo de sistematización

El Programa Especial para la Seguridad Alimentaria (PESA) de la FAO se concibe como una estrategia integral orientada a fortalecer las capacidades locales para mejorar la seguridad alimentaria, la sostenibilidad de los sistemas productivos y la organización comunitaria. Uno de los pilares de este modelo es la sistematización de experiencias, entendida como un ejercicio metodológico para recuperar lo vivido, analizarlo críticamente y generar aprendizajes aplicables a nuevos procesos. En palabras de la FAO (2011):

“La sistematización de experiencias constituye una herramienta metodológica que busca rescatar los aprendizajes de las prácticas, ordenar críticamente lo vivido y generar conocimientos que orienten la acción futura” (p. 7).

El modelo PESA (Programe Especial para la Seguridad Alimentaria) de la FAO representa un enfoque metodológico integral que se implementa en huertas agroecológicas porque "articula la seguridad alimentaria con la sostenibilidad ambiental mediante procesos participativos que valorizan los conocimientos locales. Este modelo, lejos de ser una receta técnica estandarizada, se configura como una estrategia de desarrollo rural que parte de las necesidades concretas de las familias campesinas y promueve su autonomía productiva. Su implementación en huertas agroecológicas se justifica en su capacidad para integrar cuatro dimensiones fundamentales: la dimensión técnica-agroecológica, que recupera y mejora los saberes tradicionales sobre manejo sostenible de suelos, agua y biodiversidad; la dimensión socio-organizativa, que fortalece las capacidades de gestión colectiva y toma de decisiones comunitarias; la dimensión económica-productiva, que optimiza los recursos disponibles para garantizar la seguridad alimentaria familiar; y la dimensión formativa, que convierte cada práctica agrícola en un espacio de aprendizaje continuo. El modelo se estructura en fases

sucesivas que van desde el diagnóstico participativo inicial hasta la evaluación colectiva de resultados, pasando por la planificación consensuada de actividades, la implementación de prácticas agroecológicas adaptadas al contexto local y el monitoreo permanente de los procesos. Lo que distingue al PESA en el contexto de las huertas agroecológicas es su enfoque holístico que supera la mera transferencia de tecnologías para promover la experimentación campesina y la adaptación contextualizada de innovaciones, permitiendo a los agricultores no solo producir alimentos sanos, sino construir sistemas alimentarios locales resilientes y socialmente justos. Así, el PESA trasciende su carácter instrumental para constituirse en una pedagogía de la autonomía que fortalece la gobernanza alimentaria local desde principios agroecológicos.

Este planteamiento resulta fundamental porque nos recuerda que la sistematización no se limita a reconstruir hechos pasados, sino que es un proceso orientado a extraer enseñanzas prácticas y útiles para la acción presente y futura.

2 Pregunta de sistematización

¿Cómo ha contribuido la implementación de la huerta sostenible en el hogar juvenil campesino de Salgar al fortalecimiento psicosocial de los jóvenes?

3 objetivos

3.1 Objetivo general

Construir el proceso de implementación de la huerta sostenible y su contribución al fortalecimiento psicosocial de los jóvenes en el hogar juvenil campesino de Salgar.

3.2 Objetivos específicos

- Recuperar el desarrollo metodológico del proceso de implementación de la huerta sostenible en el Hogar Juvenil Campesino de Salgar.

- Comprender el papel de la huerta como herramienta psicosocial dentro del contexto institucional del Hogar Juvenil Campesino de Salgar.
- Reflexionar sobre los aprendizajes colectivos generados a lo largo del proceso por parte de los jóvenes en el Hogar Juvenil Campesino de Salgar.

4 eje de sistematización

Proceso de implementación de una huerta sostenible

5 Objeto de sistematización

Fortalecimiento psicosocial de los jóvenes del Hogar Juvenil Campesino de Salgar

6 categorías de Análisis

6.1 Huerta sostenible

La huerta sostenible se comprende como un espacio que trasciende la producción de alimentos, configurándose como un escenario donde convergen dimensiones ambientales, sociales y educativas. Desde esta perspectiva, no solo se promueve el cultivo responsable, sino también la construcción de prácticas que fortalecen la relación entre las personas y su entorno, favoreciendo dinámicas de autonomía y sostenibilidad en contextos comunitarios. En este sentido, la agroecología aporta un marco fundamental, en tanto integra principios ecológicos y sociales orientados a la transformación de los sistemas productivos tradicionales hacia modelos más sostenibles.

De acuerdo con Miguel Altieri, la agroecología se configura como un enfoque que articula dimensiones ecológicas y sociales para el manejo de sistemas agrícolas sostenibles, promoviendo no solo la producción de alimentos, sino también el fortalecimiento de las comunidades. En esta misma línea, la FAO señala que las huertas sostenibles cumplen funciones

que van más allá de lo productivo, contribuyendo a procesos educativos, sociales y al fortalecimiento de la seguridad alimentaria.

6.2 Fortalecimiento psicosocial

El fortalecimiento psicosocial se entiende como un proceso orientado a potenciar las capacidades individuales y colectivas de las personas, permitiéndoles afrontar situaciones adversas y construir bienestar en sus contextos de vida. Este enfoque reconoce la importancia de los vínculos, la participación y el sentido de pertenencia como elementos fundamentales en la configuración de procesos de desarrollo humano. En contextos comunitarios, estos procesos adquieren una relevancia particular, en tanto permiten generar espacios de interacción donde se fortalecen habilidades sociales, emocionales y relacionales.

Según la Organización Mundial de la Salud, el fortalecimiento psicosocial implica el desarrollo de capacidades que favorecen el bienestar y la resiliencia frente a situaciones adversas. Asimismo, Ignacio Martín-Baró plantea que los procesos psicosociales se construyen en la interacción entre el individuo y su contexto, donde las relaciones sociales y el apoyo colectivo cumplen un papel central en la transformación de las realidades.

6.3 Jóvenes

La categoría de jóvenes se aborda desde una perspectiva social y contextual, entendiendo la juventud no únicamente como una etapa biológica, sino como una construcción social atravesada por condiciones históricas, culturales y económicas. En este sentido, los jóvenes son sujetos activos que participan en la construcción de sus propias realidades, capaces de incidir en sus contextos cuando se generan espacios adecuados para su participación.

De acuerdo con Pierre Bourdieu, la juventud no puede entenderse como una categoría homogénea, sino como una construcción social que varía según los contextos. En esta misma

línea, la UNESCO reconoce a los jóvenes como actores sociales capaces de transformar su entorno, siempre que se les brinden oportunidades de participación significativa.

6.4 Hogar Juvenil Campesino

El Hogar Juvenil Campesino se configura como un espacio educativo y comunitario orientado a la formación integral de jóvenes rurales, en el cual convergen procesos pedagógicos, convivenciales y productivos. Estos escenarios no solo buscan garantizar el acceso a la educación, sino también fortalecer valores, habilidades para la vida y el arraigo territorial, contribuyendo a la construcción de proyectos de vida en contextos rurales.

Según los lineamientos de los Hogares Juveniles Campesinos de Colombia, estos espacios promueven la formación integral de los jóvenes mediante la articulación entre educación, convivencia y trabajo comunitario. Asimismo, se orientan al fortalecimiento de la identidad rural y la permanencia en el territorio, a través de procesos educativos que integran saberes tradicionales y prácticas productivas.

6.5 Memoria

La memoria se entiende como un proceso social y colectivo mediante el cual los sujetos reconstruyen y resignifican sus experiencias, otorgando sentido a lo vivido desde el presente. En el marco de la sistematización, la memoria cumple un papel fundamental, ya que permite recuperar las vivencias, identificar aprendizajes y comprender las transformaciones generadas a lo largo del proceso.

De acuerdo con Elizabeth Jelin, la memoria es un proceso mediante el cual los sujetos reconstruyen el pasado desde el presente, dotándolo de significado. Por su parte, Maurice Halbwachs plantea que la memoria colectiva se construye en el marco de los grupos sociales,

permitiendo la configuración de identidades compartidas y la comprensión de las experiencias vividas.

7 Contexto

El presente documento recoge los resultados del trabajo colaborativo llevado a cabo durante el programa "Inmersiones Sociales con los Pies en la Tierra", cuyo objetivo es crear espacios de aprendizaje experiencial y contextualizado. Este enfoque tiene como finalidad que los estudiantes "aprendan haciendo, viviendo, sintiendo y sirviendo", favoreciendo así un intercambio de conocimientos enriquecedor con organizaciones y comunidades. Se documenta la experiencia vivida en el proceso que se desarrolló inmersión social 2025-1, en Salgar, Antioquia a continuación se van a presentar elementos importantes del escenario en el cual se desarrolló todo el proceso de inmersión con Jóvenes del Hogar juvenil Jesús Naranjo Valencia.

La huerta agroecológica en el Hogar Juvenil Campesino Jesús Naranjo Valencia, ubicado en el municipio de Salgar, Antioquia, en la vereda la Habana, se desarrolla en un marco social, histórico y educativo profundamente vinculado a las realidades del campo colombiano. Este Hogar, como parte de la red nacional de Hogares Juveniles Campesinos inspirados por Monseñor Gerardo Valencia Cano en la década de 1960, ha sido históricamente un espacio de formación integral para adolescentes provenientes de familias rurales, quienes encuentran en él un lugar de acogida, educación y proyección comunitaria.

Desde sus orígenes ha sido un pilar fundamental, no solo porque aportaba a la autosuficiencia alimentaria del Hogar, sino porque representaba un símbolo de identidad campesina y un escenario pedagógico donde los jóvenes podían aprender valores de disciplina, cooperación y responsabilidad. Sin embargo, como ocurre con muchos procesos comunitarios, la huerta atravesó momentos de debilitamiento y abandono debido a factores como la falta de

recursos, el desgaste organizativo y la ausencia de acompañamiento técnico, lo que llevó a su desaparición en los últimos años. Este vacío no solo afectó la economía interna, sino que también generó la pérdida de un elemento de identidad que conectaba a los jóvenes con sus raíces campesinas.

La llegada de las estudiantes de Trabajo Social de la Corporación Universitaria Minuto de Dios en 2025 permitió reconocer este vacío como una oportunidad de intervención. En diálogo con la directora del Hogar y con los jóvenes beneficiarios, se planteó la reactivación de la huerta agroecológica como un proyecto con múltiples dimensiones: productiva, pedagógica, psicosocial y comunitaria. Este proceso no se limitó a la siembra de hortalizas, sino que fue concebido como un espacio de sanación colectiva, de fortalecimiento de la resiliencia y de transmisión de saberes intergeneracionales.

El contexto actual también está marcado por la necesidad de integrar los saberes tradicionales con la formación técnica contemporánea. Por esta razón, se articuló el apoyo del Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA), que brindó capacitaciones en agricultura ecológica, manejo de suelos, abonos orgánicos y control biológico de plagas. Esta articulación no solo aportó bases sólidas al proceso, sino que además certificó a los jóvenes en competencias útiles para su futuro, ampliando el impacto de la experiencia más allá del espacio local del Hogar.

En este marco, la sistematización adquiere un valor estratégico, pues permite rescatar la memoria de la huerta, analizar críticamente los factores que facilitaron y dificultaron su implementación, y proyectar su sostenibilidad a largo plazo. El contexto de la experiencia está atravesado por la tensión entre la pérdida de prácticas tradicionales y la necesidad de resignificarlas en clave de futuro, uniendo identidad campesina, formación técnica y acompañamiento psicosocial.

En el contexto actual de constante transformación social, tecnológica y económica, resulta fundamental analizar los distintos factores que inciden en el desarrollo de nuestras comunidades. La comprensión de estos elementos permite no solo interpretar los fenómenos contemporáneos, sino también proponer soluciones efectivas que respondan a las necesidades emergentes. Este documento tiene como propósito presentar un análisis detallado sobre la sistematización de experiencias en la huerta del Hogar Juvenil de Salgar, considerando sus implicaciones y posibles proyecciones a futuro.

El enfoque adoptado en este trabajo se basa en una revisión teórica, complementada con datos actuales y estudios de caso que ilustran la realidad del problema abordado. Se ha procurado mantener una visión crítica y reflexiva que permita no solo describir, sino también evaluar y cuestionar las dinámicas observadas. Además, se destaca la importancia de integrar distintas disciplinas para enriquecer la perspectiva analítica.

A lo largo del documento, se desarrollarán los principales conceptos relacionados con la sistematización de experiencias, así como su evolución y estado actual. Finalmente, se presentarán conclusiones que buscan aportar al debate académico y profesional, brindando insumos útiles para futuras investigaciones o intervenciones prácticas. Con ello, se espera contribuir a una mejor comprensión de este fenómeno y sus desafíos.

7.1 Ilustración 1 MAPA DEL MUNICIPIO de Salgar, Antioquia.

Ilustración 1



NOTA: El siguiente mapa muestra la descripción del municipio de Salgar, Antioquia. tomado de (Gobernación de Antioquia)

CAPITULO II

8 Descripción de la experiencia

8.1 Análisis de las relaciones entre actores.

Los Hogares Juveniles Campesinos (HJC) nacen en Colombia en la década de 1960 como una respuesta social y pastoral ante la situación de vulnerabilidad y falta de oportunidades que

enfrentaban los jóvenes rurales. Esta iniciativa fue impulsada por Monseñor Gerardo Valencia Cano, obispo de Buenaventura, junto con líderes campesinos y educadores rurales, quienes buscaban crear espacios de formación integral donde los adolescentes del campo pudieran continuar sus estudios, fortalecer valores humanos y adquirir herramientas para el trabajo comunitario y la vida digna.

Los Hogares Juveniles Campesinos se fundamentan en un modelo educativo basado en la convivencia, la autogestión, la participación y la formación integral. Estos centros ofrecen alojamiento, alimentación y acompañamiento pedagógico a jóvenes campesinos que, por razones geográficas o económicas, no pueden acceder fácilmente a instituciones educativas. En este sentido, los hogares funcionan como espacios de inclusión y desarrollo rural, donde la educación se combina con la vida comunitaria y el trabajo productivo.

De acuerdo con la Federación Nacional de Hogares Juveniles Campesinos (FNHJC, 2019):

“Los Hogares Juveniles Campesinos son una propuesta educativa que promueve la formación integral del joven del campo mediante el estudio, el trabajo y la convivencia, orientando su desarrollo hacia la responsabilidad social, el liderazgo comunitario y la transformación de su entorno.” (p. 4)

El movimiento se extiende por todo el territorio nacional y tiene presencia en diversos departamentos, adaptándose a las particularidades culturales y productivas de cada región. A través de los años, los hogares han mantenido su enfoque en formar líderes rurales capaces de permanecer en su territorio, mejorar la productividad agrícola, fortalecer el tejido social y preservar los valores del campesinado colombiano.

La misión de los Hogares Juveniles Campesinos, según la Federación Nacional (2019), consiste en:

“Brindar a los jóvenes del campo una formación integral que promueva el desarrollo humano, espiritual, técnico y comunitario, fortaleciendo la identidad campesina y el compromiso con el desarrollo rural sostenible.”

Su visión, por su parte, proyecta que:

“Los Hogares Juveniles Campesinos sean reconocidos a nivel nacional como una red educativa y comunitaria que contribuye a la construcción de paz, equidad y sostenibilidad en las zonas rurales del país.”

Este enfoque combina la educación formal con el aprendizaje práctico, especialmente a través de actividades agrícolas, pecuarias y de emprendimiento rural. Las huertas, talleres artesanales y proyectos productivos forman parte esencial del proceso formativo, pues fortalecen el vínculo con la tierra, la cooperación y la autonomía económica. En palabras de Ghiso (2000), “las experiencias comunitarias cobran sentido cuando logran integrar el conocimiento, la acción y la identidad, transformando las prácticas cotidianas en aprendizajes colectivos” (p. 17).

El Hogar Juvenil Campesino Jesús Naranjo Valencia, ubicado en el municipio de Salgar, suroeste antioqueño, pertenece a esta gran red nacional de hogares y constituye un referente de trabajo comunitario y educativo en la región. Desde su fundación, este hogar ha sido un espacio de acogida, formación y desarrollo humano para adolescentes provenientes de veredas y corregimientos rurales de Salgar y municipios vecinos.

Su propósito institucional está enmarcado en los valores de la solidaridad, la convivencia, el respeto y la identidad campesina, fomentando la educación integral y la corresponsabilidad

entre jóvenes, familias y comunidad. De acuerdo con los registros internos y testimonios de su directora, Claudia Patricia Tamayo (2025), la misión del Hogar es:

“Ofrecer a los jóvenes del campo un espacio de vida, aprendizaje y crecimiento integral, donde puedan fortalecer sus valores humanos, su formación académica y su amor por la tierra, contribuyendo al bienestar propio, familiar y comunitario.”

La visión institucional proyecta que:

“El Hogar Juvenil Campesino de Salgar sea reconocido como un modelo de educación integral campesina, comprometido con la sostenibilidad, la equidad y la formación de líderes rurales que contribuyan al desarrollo local y al fortalecimiento del tejido social.”

A lo largo de su historia, el hogar ha combinado la formación académica con proyectos productivos y pedagógicos, entre los cuales la huerta comunitaria ha ocupado un lugar central. Desde sus primeros años, la huerta no solo representó una fuente de alimentos para el autoconsumo, sino también un espacio pedagógico donde los jóvenes aprendían valores como la responsabilidad, el trabajo en equipo, la disciplina y la cooperación.

Un documento histórico del Hogar (Informe Anual, 1998) señalaba:

“La huerta ha sido desde los primeros años del Hogar Juvenil Campesino de Salgar un escenario pedagógico donde se cultivan alimentos, saberes y valores. En ella se siembra no solo para comer, sino para aprender y crecer juntos.”

La historia de la huerta en el Hogar Juvenil Campesino Jesús Naranjo Valencia en el municipio de Salgar, Antioquia se encuentra profundamente inmersa en los principios fundacionales de los Hogares Juveniles Campesinos de Colombia. Desde mediados del siglo XX, estas instituciones que fueron orientadas en sus inicios por Monseñor Gerardo Valencia Cano y fortalecidas por comunidades campesinas, se consolidaron como espacios de formación y

proyección social para la juventud rural. En este marco, la huerta siempre ocupó un lugar central, no únicamente como fuente de alimento, sino también como herramienta pedagógica y de identidad campesina.

En los primeros años de funcionamiento del Hogar Juvenil Campesino Jesús Naranjo Valencia de Salgar, la huerta constituía un proyecto emblemático, sostenido por una participación de los jóvenes internos, con un acompañamiento de las directivas y demás actores comunitarios, allí sembraban hortalizas y plantas que contribuían a la autosostenibilidad del hogar. Las huertas, compartidas como legado cultural en todos los Hogares Juveniles del país, eran concebidas para el autoconsumo, pero también como un escenario de aprendizaje integral, donde se fortalecían competencias en agricultura, economía familiar, cooperación y cuidado del medio ambiente.

Como lo expresaba un documento institucional de la época: “La huerta ha sido, desde los primeros años del Hogar Juvenil Campesino de Salgar, un escenario pedagógico que combina el saber agrícola de nuestras comunidades con la formación integral de los jóvenes. En ella cultivamos no solo alimentos, sino también esperanza y disciplina” (Hogar Juvenil Campesino de Salgar, Informe Anual, 1998).

Sin embargo, con el paso del tiempo y debido a ciertas situaciones como la falta de recursos, el desgaste de procesos comunitarios, la sobrecarga académica, el relevo generacional y la falta de acompañamiento técnico, el proyecto de la huerta fue decayendo hasta su desaparición, este vacío no solo afectó lo material, (al dejar de existir un espacio productivo que ayudaba a reducir gastos de alimentación) sino también en lo simbólico, al perderse un elemento de identidad que vinculaba a la población juvenil con la tierra y sus raíces campesinas.

En el año 2025, en el marco de la práctica académica en Trabajo Social de la Corporación Universitaria Minuto de Dios, (UNIMINUTO) las estudiantes Valery Arteaga Sabogal y Jhaira Alexandra Marín emprendieron un proceso de recuperación y revitalización de la huerta agroecológica del Hogar Juvenil Campesino de Salgar. Esta experiencia se inscribió en la lógica de la sistematización como reconstrucción de memoria colectiva y como un fortalecimiento psicosocial comunitario, donde a la práctica agrícola se le dio un significado de espacio pedagógico, terapéutico y organizativo.

La propuesta de retomar la huerta no surge únicamente por un interés agrícola, sino que también se busca tener una visión integral, enfocada en fines psicosociales y comunitarios, es por esto que, a través del dialogo con los jóvenes y la directora del Hogar, Claudia Patricia Tamayo, se identificó que la huerta podía responder a múltiples necesidades como, fortalecer la economía interna del hogar, generar un espacio terapéutico donde los jóvenes pudieran canalizar emociones y fortalecer la resiliencia, potenciar habilidades sociales y de liderazgo, así como propiciar un aprendizaje práctico en agricultura sostenible y alimentación saludable.

La iniciativa fue acogida con entusiasmo y respaldada institucionalmente, es por esta razón que, con el fin de garantizar sostenibilidad y acompañamiento técnico, se estableció contacto con el SENA, que apporto formación en agricultura ecológica, orientaciones acerca del manejo de suelos, semillas, abonos orgánicos y control natural de plagas. Este apoyo logro consolidar la huerta como un proceso formativo que cuenta con bases técnicas solidas.

Conscientes de que la sostenibilidad de la huerta no podía limitarse únicamente al entusiasmo inicial de los jóvenes y las practicantes, sino que requería bases técnicas sólidas, se estableció contacto con el Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA), institución que históricamente ha acompañado a comunidades rurales en procesos de formación agrícola y

emprendimiento. A través de esta articulación, se abrió un espacio de capacitación en agricultura ecológica, que incluyó sesiones prácticas sobre manejo de suelos, preparación de semilleros, elaboración de abonos orgánicos, control biológico de plagas y técnicas de riego eficiente.

La intervención del SENA no solo se limitó a impartir conocimientos, sino que también permitió certificar la participación de los jóvenes en un curso de formación complementaria, lo cual se convirtió en un valor agregado para sus proyectos de vida, al dotarlos de competencias reconocidas oficialmente. De esta manera, el trabajo en la huerta trascendió el plano local y cotidiano, para insertarse en una lógica más amplia de formación para el empleo y la productividad sostenible.

Como lo expresa un documento institucional del SENA: *“Nuestros programas de formación en agricultura ecológica están orientados a que las comunidades adquieran competencias prácticas y certificadas en el manejo sostenible de los cultivos. La articulación con instituciones educativas y comunitarias, como los Hogares Juveniles Campesinos, busca garantizar procesos de autosostenibilidad y el fortalecimiento del trabajo asociativo”* (SENA, Programa de Agricultura Ecológica, 2025).

Además de lo institucional, también se resalta la voz de los instructores que acompañaron directamente el proceso. En entrevista realizada con la agrónoma **Eidis Marley Ceballos**, formadora encargada del taller, se destacó: *“Fue gratificante ver cómo los jóvenes del Hogar Juvenil se apropiaron de la huerta. No lo asumieron como una tarea impuesta, sino como un espacio de aprendizaje colectivo donde se cruzan la técnica y la vida. El SENA apuesta precisamente a eso: a que la formación llegue a los territorios y transforme realidades”* (Entrevista a instructora del SENA, 2025).

Este acompañamiento permitió que la huerta pasara de ser una idea de recuperación patrimonial y simbólica, a consolidarse como un proceso pedagógico, productivo y certificado, que fortalece no solo la identidad campesina de los jóvenes, sino también sus competencias técnicas para proyectarse en el mundo laboral o emprender proyectos propios en el futuro.

Mas allá de lo productivo, la recuperación de la huerta se transformó en un espacio de encuentro, identidad y sanación colectiva para muchos de los adolescentes, que en gran parte son marcados por experiencias de desarraigo, violencia intrafamiliar o precariedad económica, lo que al trabajar la tierra se convierte en una oportunidad para aprender, expresar emociones, fortalecer la disciplina y reconocer el valor del esfuerzo compartido.

Así, la sistematización de la experiencia permitió comprender la huerta como un puente entre pasado, presente y futuro, que deja un legado cultural que fue recuperado y resignificado para responder a las necesidades actuales de los jóvenes, al tiempo que se proyecta como un espacio de formación y fortalecimiento comunitario.

La Historia y Resignificación de la Huerta

Como surgió la idea de la huerta: La idea surge desde los orígenes de los Hogares Juveniles Campesinos, inspirados por Monseñor Gerardo Valencia Cano y las demás comunidades campesinas. Fue concebida como un espacio formativo que une pilares fundamentales como la alimentación, educación integral y fortalecimiento de la identidad campesina.

Quien la inició: En el Hogar Juvenil Campesino Jesús Naranjo Valencia, la huerta fue impulsada en sus primeros años por los jóvenes internos, con apoyo directivo y de actores comunitarios. Ellos implementaron prácticas agrícolas que no solo garantizaron alimentos, sino que también consolidaron aprendizajes en trabajo colectivo, cooperación y sostenibilidad.

Los Hogares Juveniles Campesinos, desde su fundación en la década de 1960, han incorporado dentro de su proyecto educativo la creación de huertas comunitarias como estrategia formativa, productiva y social. Estas huertas respondían a un principio fundamental: integrar la vida académica con las prácticas propias del campesinado, fortaleciendo así la autonomía alimentaria, el trabajo en equipo y la valoración del entorno rural.

El Hogar Juvenil de Salgar no fue ajeno a esta tradición. De acuerdo con los registros encontrados en informes internos y con los testimonios de antiguos beneficiarios, la huerta tuvo un papel significativo en los primeros años de funcionamiento. Allí los jóvenes aprendían a sembrar hortalizas básicas como cebolla, tomate, frijol y cilantro, al mismo tiempo que se promovían valores como la responsabilidad, la cooperación y el cuidado del medio ambiente. En palabras de la directora actual, doña Claudia, la huerta representaba “una manera de que los jóvenes se reconocieran campesinos con orgullo, con raíces y con compromiso frente a su territorio”.

En el Hogar Juvenil Campesino Jesús Naranjo Valencia, la huerta no surgió como una iniciativa aislada ni improvisada, sino que se consolidó desde sus primeros años de funcionamiento como un pilar fundamental dentro del proyecto pedagógico y comunitario de la institución. Fueron principalmente los jóvenes internos, guiados por las directivas del Hogar y con el respaldo activo de líderes comunitarios, quienes se encargaron de poner en marcha las primeras siembras. En ese entonces, la huerta era concebida como un espacio de formación integral, en el que se entrelazaban la práctica agrícola con la construcción de valores humanos y sociales.

La siembra de hortalizas, legumbres y plantas medicinales no solo garantizaba un aporte a la autosostenibilidad alimentaria del hogar, al reducir costos en la alimentación diaria de los

jóvenes, sino que además se convirtió en un laboratorio vivo de aprendizaje colectivo. Allí, los adolescentes interiorizaban principios de disciplina, constancia y responsabilidad, al tiempo que desarrollaban habilidades para el trabajo en equipo, el sentido de cooperación y la conciencia ambiental.

La memoria institucional de los Hogares Juveniles Campesinos recoge este espíritu al señalar que: “Las huertas escolares y comunitarias han sido desde siempre un espacio de encuentro pedagógico, donde los jóvenes aprenden a valorar la tierra, a cuidarla y a reconocerse como parte activa de una comunidad que se sostiene en el trabajo colectivo” (Hogares Juveniles Campesinos de Colombia, Documento Formativo, 2003).

Este primer impulso, surgido de la energía juvenil y respaldado por el acompañamiento de educadores y actores locales, consolidó a la huerta como un símbolo de identidad campesina y de autogestión comunitaria, un espacio en el que no solo se cultivaban alimentos, sino también vínculos, saberes y proyectos de vida en coherencia con la filosofía de los Hogares Juveniles Campesinos en todo el país.

Reactivación de la huerta

En el marco del programa de Inmersiones sociales que realiza la Corporación Universitaria Minuto de Dios, UNIMINUTO; en febrero de 2025, las estudiantes Valery Arteaga de Trabajo Social y Jhaira Marin de Psicología, iniciaron la práctica profesional en el Hogar Juvenil Campesino de Salgar con el propósito de aportar al fortalecimiento psicosocial de los jóvenes. Este proceso de practica inicia con una fase de inserción, en la cual las estudiantes, realizan un reconocimiento del contexto y la institución con el fin de identificar las características y condiciones de la institucion y el entorno para definir el norte del proceso de intervención desde sus diferentes disciplinas.

Es así como identifican un terreno cubierto de maleza que, de acuerdo con las memorias de la instituciones y los actores que hacen parte de ella, correspondía al antiguo espacio de la huerta. Al indagar más profundamente, encontraron que esta huerta se constituía no solo en un espacio de cultivo, sino que contribuía a los procesos psicosociales de la institución. Este hallazgo se constituyó en un punto de partida, pues al dialogar con la directora y con los estudiantes, emergió la necesidad de retomar la huerta no solo como un espacio físico, sino como un proyecto con múltiples dimensiones de impacto, por su valor económico, simbólico y psicosocial; por lo tanto se tomó la decisión en conjunto de retomarla.

Con este fin se realizó un contacto con el SENA, desde el programa de agricultura sostenible, y se conformó una alianza técnica, que aseguró una base sólida para la sostenibilidad del proyecto a partir de un proceso de formación en el hogar juvenil campesino de salgar.

Como se mencionó anteriormente, la decisión de recuperar la huerta se fundamentó en razones de carácter económico, psicosocial, educativo y comunitario. En lo económico, la posibilidad de producir hortalizas para el autoconsumo permitiría disminuir los gastos del hogar en materia de alimentación. En lo psicosocial, la huerta se concibió como un espacio terapéutico y de integración, capaz de promover el sentido de pertenencia y el trabajo en equipo. En lo educativo, ofrecía a los jóvenes la oportunidad de aprender conocimientos agrícolas y agroecológicos. Finalmente, en lo comunitario, la huerta se configuraba como un escenario articulador que podía vincular a los jóvenes, la dirección del hogar, las familias campesinas y entidades externas como el Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA).

La huerta se proyectó como un espacio que trasciende la producción de alimentos y se consolida como un escenario significativo para el fortalecimiento de los procesos humanos y relacionales entre los jóvenes participantes. En este sentido, el trabajo en la huerta permitió

generar dinámicas de encuentro, diálogo y cooperación que favorecen la convivencia y la construcción de vínculos basados en el respeto, la solidaridad y la responsabilidad compartida. A través de las actividades de preparación del terreno, siembra, riego, mantenimiento y cosecha, los participantes tuvieron la oportunidad de interactuar constantemente, compartir experiencias y desarrollar una mayor capacidad para trabajar de manera conjunta hacia objetivos comunes.

La huerta se proyectó como un espacio que trasciende la producción de alimentos y se consolida como un escenario significativo para el fortalecimiento de los procesos humanos y relacionales entre los jóvenes participantes. En este sentido, el trabajo en la huerta permitió generar dinámicas de encuentro, diálogo y cooperación que favorecen la convivencia y la construcción de vínculos basados en el respeto, la solidaridad y la responsabilidad compartida, lo cual se relaciona con el fortalecimiento psicosocial entendido como la construcción de bienestar a partir de las relaciones sociales (Organización Mundial de la Salud). A través de las actividades de preparación del terreno, siembra, riego, mantenimiento y cosecha, los participantes tuvieron la oportunidad de interactuar constantemente, compartir experiencias y desarrollar una mayor capacidad para trabajar de manera conjunta hacia objetivos comunes.

Este tipo de experiencias contribuye al fortalecimiento de aspectos fundamentales en el desarrollo personal y social de los jóvenes, como la confianza en sí mismos, el reconocimiento de sus capacidades y la valoración del esfuerzo colectivo. La participación en las actividades de la huerta implica asumir responsabilidades específicas dentro del proceso, lo cual promueve la organización, la constancia y el compromiso con las tareas asignadas. Cada participante, desde su rol dentro del grupo, aporta al cuidado y mantenimiento del espacio, lo que permite comprender que los resultados obtenidos no dependen únicamente del esfuerzo individual, sino de la cooperación y del trabajo articulado entre todos los integrantes, en coherencia con enfoques

de participación donde los sujetos se reconocen como actores activos dentro de los procesos (Roger Hart).

Asimismo, el contacto directo con la naturaleza genera un ambiente propicio para la reflexión y el bienestar emocional. Las actividades realizadas en espacios abiertos y en interacción con el entorno natural favorecen momentos de tranquilidad, concentración y equilibrio emocional, lo cual contribuye a disminuir tensiones y a generar sensaciones de bienestar entre los participantes, aspecto que ha sido reconocido en enfoques psicosociales donde el entorno cumple un papel fundamental en el desarrollo emocional (Ignacio Martín-Baró). En este contexto, la huerta se convierte en un espacio que estimula procesos de reflexión personal, en los que los jóvenes pueden reconocer la importancia del cuidado, la paciencia y la dedicación como elementos necesarios para el crecimiento y desarrollo tanto de las plantas como de los procesos personales y colectivos.

De igual manera, el trabajo en la huerta fortalece habilidades relacionadas con la convivencia y la comunicación, ya que las actividades requieren coordinación, diálogo y toma de decisiones compartidas. Estas dinámicas facilitan la construcción de relaciones más cercanas entre los participantes, promoviendo la escucha, el respeto por las ideas de los demás y la resolución conjunta de dificultades que puedan surgir durante el proceso. En consecuencia, la huerta se convierte en un escenario donde se fortalecen valores como la cooperación, la solidaridad y el sentido de pertenencia, elementos clave en procesos comunitarios que buscan la construcción colectiva (Maritza Montero).

Además, este tipo de experiencias favorece el desarrollo de habilidades para la vida, como la responsabilidad, la perseverancia y la capacidad de asumir compromisos frente a tareas concretas. El cuidado de los cultivos exige atención constante, seguimiento y organización del

trabajo, lo que permite a los jóvenes comprender la importancia de la disciplina y del esfuerzo sostenido para alcanzar resultados positivos. En este sentido, la huerta no solo se configura como un espacio de actividad práctica, sino también como un escenario que impulsa procesos de crecimiento personal y fortalecimiento de las relaciones sociales dentro del grupo, en consonancia con enfoques agroecológicos que integran dimensiones sociales, educativas y comunitarias (Miguel Altieri). Este tipo de experiencias contribuye al fortalecimiento de aspectos fundamentales en el desarrollo personal y social de los jóvenes, como la confianza en sí mismos, el reconocimiento de sus capacidades y la valoración del esfuerzo colectivo. La participación en las actividades de la huerta implica asumir responsabilidades específicas dentro del proceso, lo cual promueve la organización, la constancia y el compromiso con las tareas asignadas. Cada participante, desde su rol dentro del grupo, aporta al cuidado y mantenimiento del espacio, lo que permite comprender que los resultados obtenidos no dependen únicamente del esfuerzo individual, sino de la cooperación y del trabajo articulado entre todos los integrantes.

Asimismo, el contacto directo con la naturaleza genera un ambiente propicio para la reflexión y el bienestar emocional. Las actividades realizadas en espacios abiertos y en interacción con el entorno natural favorecen momentos de tranquilidad, concentración y equilibrio emocional, lo cual contribuye a disminuir tensiones y a generar sensaciones de bienestar entre los participantes. En este contexto, la huerta se convierte en un espacio que estimula procesos de reflexión personal, en los que los jóvenes pueden reconocer la importancia del cuidado, la paciencia y la dedicación como elementos necesarios para el crecimiento y desarrollo tanto de las plantas como de los procesos personales y colectivos.

De igual manera, el trabajo en la huerta fortalece habilidades relacionadas con la convivencia y la comunicación, ya que las actividades requieren coordinación, diálogo y toma de

decisiones compartidas. Estas dinámicas facilitan la construcción de relaciones más cercanas entre los participantes, promoviendo la escucha, el respeto por las ideas de los demás y la resolución conjunta de dificultades que puedan surgir durante el proceso. En consecuencia, la huerta se convierte en un escenario donde se fortalecen valores como la cooperación, la solidaridad y el sentido de pertenencia, contribuyendo a la construcción de un ambiente grupal más participativo e incluyente.

Además, este tipo de experiencias favorece el desarrollo de habilidades para la vida, como la responsabilidad, la perseverancia y la capacidad de asumir compromisos frente a tareas concretas. El cuidado de los cultivos exige atención constante, seguimiento y organización del trabajo, lo que permite a los jóvenes comprender la importancia de la disciplina y del esfuerzo sostenido para alcanzar resultados positivos. En este sentido, la huerta no solo se configura como un espacio de actividad práctica, sino también como un escenario que impulsa procesos de crecimiento personal y fortalecimiento de las relaciones sociales dentro del grupo.

Dimensión educativa y comunitaria de la huerta

Desde una perspectiva educativa y comunitaria, la huerta representa una estrategia de aprendizaje basada en la experiencia directa y en la interacción constante con el entorno natural. Este espacio permite que los jóvenes adquieran conocimientos relacionados con la agricultura, el manejo del suelo, el cuidado de las plantas y los principios de la agroecología, a partir de la práctica cotidiana y de la observación de los procesos naturales. De esta manera, el aprendizaje se construye a través de la participación activa en cada una de las etapas del cultivo, lo que facilita una comprensión más significativa de los contenidos, en coherencia con enfoques de educación experiencial donde el conocimiento se construye desde la práctica y la reflexión

(Paulo Freire), y favorece el desarrollo de habilidades prácticas que pueden ser aplicadas en distintos contextos de la vida cotidiana.

El proceso de trabajo en la huerta también fomenta la reflexión sobre la importancia del cuidado del medio ambiente y la relación responsable con los recursos naturales. A través de las actividades desarrolladas, los jóvenes pueden comprender el valor de la tierra como fuente de vida y de sustento, así como la necesidad de implementar prácticas que contribuyan a la sostenibilidad y al equilibrio ecológico. Estas experiencias se relacionan con los principios de la agroecología, que promueven una interacción armónica entre los sistemas productivos y el entorno natural (Miguel Altieri), permitiendo reconocer la importancia de preservar los recursos naturales y adoptar hábitos que fortalezcan una conciencia ambiental orientada al cuidado y la protección de la naturaleza.

De igual manera, la huerta se configura como un espacio que promueve el aprendizaje colectivo y el intercambio de saberes. En este escenario se integran conocimientos técnicos relacionados con las prácticas agrícolas, así como saberes tradicionales provenientes del contexto rural y campesino. Esta interacción permite enriquecer el proceso formativo de los jóvenes, quienes no solo adquieren conocimientos nuevos, sino que también valoran la importancia de las prácticas y experiencias que hacen parte de la cultura agrícola de las comunidades, en línea con perspectivas que reconocen el diálogo de saberes como base del aprendizaje significativo (Paulo Freire).

En el ámbito comunitario, la huerta también cumple un papel relevante como escenario de articulación entre diferentes actores del entorno social. Su desarrollo posibilita la interacción entre los jóvenes participantes, la dirección del hogar, las familias campesinas y diversas instituciones que brindan acompañamiento al proceso. Estas relaciones permiten fortalecer la

cooperación y el intercambio de conocimientos, generando un trabajo conjunto que favorece el desarrollo de iniciativas orientadas al bienestar colectivo, lo cual se relaciona con enfoques comunitarios que resaltan la importancia de la participación y la acción colectiva en la transformación social (Maritza Montero).

En este contexto, la participación de entidades como el Servicio Nacional de Aprendizaje aporta un valor significativo al proceso, ya que contribuye con orientación técnica, acompañamiento formativo y herramientas que fortalecen las prácticas desarrolladas dentro de la huerta. Este tipo de articulación institucional permite ampliar las oportunidades de aprendizaje de los jóvenes y facilitar el acceso a conocimientos útiles para su desarrollo personal, educativo y productivo, en coherencia con lineamientos de formación para el desarrollo que promueven la educación como herramienta de inclusión y fortalecimiento de capacidades (UNESCO).

De esta manera, la huerta se consolida como un escenario que integra procesos educativos, sociales y comunitarios, evidenciando su potencial como estrategia de formación integral en contextos rurales.

Articulación institucional y primeros pasos

En marzo de 2025, inició el proceso de gestión para lograr el acompañamiento formativo, el cual no fue sencillo y estuvo marcado por diversos desafíos relacionados principalmente con la comunicación institucional, los tiempos administrativos y los requisitos formales exigidos por las entidades educativas. Este tipo de situaciones evidencia las complejidades propias de la gestión interinstitucional, en la cual los procesos no dependen únicamente de la iniciativa de los actores, sino también de las dinámicas organizacionales que regulan la toma de decisiones y la implementación de proyectos (Maritza Montero).

Inicialmente, el primer acercamiento surgió a partir de un contacto personal de una de las practicantes, quien estableció comunicación con una persona cercana vinculada al Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA). A partir de esta conversación se indagó sobre la posibilidad de acceder a un curso o acompañamiento en agricultura sostenible, con el propósito de fortalecer el proceso de creación y consolidación de la huerta dentro del hogar. Este tipo de redes de contacto evidencia la importancia del capital social en la gestión de iniciativas comunitarias, entendido como los vínculos y relaciones que facilitan el acceso a recursos y oportunidades (Pierre Bourdieu).

Gracias a este primer contacto fue posible obtener la información de una instructora vinculada al área de agricultura y manejo de cultivos. Posteriormente se inició comunicación directa con ella, explicándole el interés existente en el hogar por desarrollar una huerta que permitiera generar espacios de aprendizaje y participación para los jóvenes. En un primer momento, la instructora manifestó que sí era posible gestionar el proceso; sin embargo, aclaró que este tipo de solicitudes requiere un tiempo considerable debido a los procedimientos institucionales necesarios para su aprobación.

Frente a esta situación, se le explicó que el tiempo disponible para desarrollar la experiencia era limitado, ya que la estancia dentro del hogar estaba proyectada únicamente por tres meses, lo que exigía mayor agilidad en la gestión. A partir de esta conversación, la instructora indicó que era necesario enviar documentos relacionados con la constitución legal del hogar, su ubicación y su naturaleza como fundación. Este tipo de requisitos evidencia cómo los procesos educativos institucionales se encuentran mediados por lógicas administrativas que, aunque necesarias, pueden generar tensiones frente a las dinámicas comunitarias que requieren mayor flexibilidad (UNESCO).

A partir de ese momento comenzó un proceso de gestión documental en el que participaron activamente Valery Arteaga Sabogal, Jhaira Alexandra Marín y Claudia Tamayo, directora del hogar. De manera conjunta se inició la recopilación de los documentos requeridos, lo cual implicó múltiples gestiones administrativas y coordinación entre las partes. Este proceso permitió evidenciar la importancia del trabajo colaborativo en la consecución de objetivos comunes, así como la necesidad de fortalecer capacidades organizativas en contextos comunitarios (Maritza Montero).

Posteriormente, durante las conversaciones con la instructora, se abordó el tema de la ubicación geográfica del hogar en el municipio de Salgar, en el suroeste antioqueño. Este aspecto representaba un reto adicional, ya que implicaba evaluar la viabilidad del desplazamiento y los recursos necesarios para el acompañamiento. Estas dificultades reflejan las brechas existentes entre contextos rurales y el acceso a procesos formativos, situación ampliamente reconocida en estudios sobre educación rural (UNESCO).

Tras un periodo de espera, se recibió una respuesta favorable, asignando una instructora con experiencia en procesos de agricultura sostenible en zonas rurales. Esta docente ya venía trabajando en municipios cercanos, lo que facilitó la articulación del proceso. Posteriormente, se gestionó la inclusión del hogar dentro de un curso en funcionamiento, permitiendo la participación de los jóvenes en las actividades programadas.

A pesar de las múltiples dificultades presentadas durante el proceso, la iniciativa logró consolidarse gracias al compromiso y la persistencia de quienes participaron en la gestión. Este proceso exigió paciencia, organización y trabajo conjunto, evidenciando que los proyectos sociales no son lineales, sino que están atravesados por tensiones, negociaciones y ajustes constantes, propios de las dinámicas sociales (Oscar Jara Holliday).

En este sentido, la experiencia dejó aprendizajes significativos en torno a la importancia de establecer redes de apoyo, fortalecer los canales de comunicación institucional y mantener una actitud propositiva frente a los desafíos. Estos aprendizajes se relacionan con la sistematización de experiencias como un proceso que permite comprender, reflexionar y generar conocimiento a partir de la práctica (Oscar Jara Holliday).

El proceso de reactivación de la huerta agroecológica, lejos de ser una tarea sencilla o lineal, estuvo marcado por múltiples tensiones, obstáculos y negociaciones que las estudiantes facilitadoras debieron sortear. La riqueza de esta experiencia no radica únicamente en sus logros, sino en la manera como se enfrentaron las dificultades, en ese “lo malo y lo feo” que constituye el verdadero aprendizaje de toda práctica social, permitiendo comprender que la intervención se construye desde la complejidad de los contextos y no desde escenarios ideales (Ignacio Martín-Baró).

En términos institucionales, se evidenciaron dificultades relacionadas con los tiempos administrativos, los procedimientos formales y la articulación entre actores. Estas situaciones reflejan que la implementación de iniciativas no depende únicamente de la voluntad de los participantes, sino también de las estructuras organizativas que regulan los procesos, lo cual implica constantes negociaciones y adaptaciones entre los diferentes actores involucrados. No obstante, enfrentar estos desafíos permitió fortalecer capacidades de gestión, comunicación y articulación, consolidando el proceso formativo y la reactivación de la huerta como un espacio educativo y comunitario.

Los primeros obstáculos: gestión institucional y resistencia juvenil

La decisión de retomar la huerta, surgida del diálogo con la directora Claudia Tamayo y del reconocimiento del terreno abandonado, implicó desde el inicio una serie de desafíos de

orden administrativo y pedagógico. El primer gran obstáculo fue la gestión del acompañamiento del Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA). Para concretar esta alianza, las estudiantes debieron adelantar un complejo proceso burocrático que incluyó la recopilación y envío de documentación institucional, la espera de su validación y la posterior coordinación logística para el desplazamiento de una instructora hasta el municipio de Salgar. Este proceso evidenció las dificultades de articulación entre las instituciones del Estado y los territorios rurales, en donde los tiempos administrativos y los procedimientos formales no siempre se ajustan a las dinámicas comunitarias, situación ampliamente reconocida en el campo de la educación rural (UNESCO).

Superada esta barrera inicial, emergió un desafío aún más complejo: la motivación y el convencimiento de los jóvenes participantes. Paradójicamente, el hecho de que muchos de ellos provinieran de familias campesinas y contaran con conocimientos empíricos sobre el trabajo con la tierra, lejos de facilitar el proceso, se convirtió en un punto de resistencia. Los jóvenes manifestaban desinterés, argumentando que la huerta era “una pérdida de tiempo” y que “ya sabían todo”, lo que evidencia cómo los saberes previos no siempre se traducen en disposición para el aprendizaje cuando estos están asociados a experiencias de obligación o trabajo impuesto.

"Ellos no entendían que nuestra idea era que entendieran desde la parte teórica y no sólo práctica ancestral y empírica que sus padres siempre les han enseñado, sino que entendieran por qué, para qué, cómo se podía plantar..." (Arteaga & Marín, notas de campo, 2025).

En este contexto, la articulación entre los saberes heredados de las familias campesinas y los conocimientos técnicos aportados por la formación institucional se configuró como uno de los procesos más significativos de la experiencia. Muchos jóvenes poseían conocimientos contruidos desde la práctica, transmitidos intergeneracionalmente a través de la observación y la

experiencia cotidiana. Sin embargo, estos saberes no siempre estaban acompañados de una comprensión técnica o científica de los procesos.

A partir de esta situación, se hizo necesario construir un proceso formativo que no reemplazara dichos conocimientos, sino que los ampliara y resignificara. Este enfoque se relaciona con el concepto de diálogo de saberes, en el cual diferentes formas de conocimiento se reconocen y se articulan sin jerarquías (Paulo Freire). Durante las sesiones en la huerta, se promovieron espacios donde los jóvenes compartían sus experiencias, mientras que la instructora aportaba elementos técnicos que permitían comprender aspectos como el tipo de suelo, los nutrientes, las condiciones climáticas y los ciclos de crecimiento.

De esta manera, el aprendizaje dejó de ser únicamente empírico para convertirse en un proceso más reflexivo y contextualizado. Los jóvenes no solo aprendieron a hacer, sino también a entender por qué se realizan determinadas prácticas, fortaleciendo así una relación más consciente con la tierra y el entorno. Este proceso también permitió reconocer las particularidades del territorio de Salgar, comprendiendo cómo factores como la altitud y el clima influyen en los cultivos, en coherencia con enfoques agroecológicos que integran las condiciones locales en la producción agrícola (Miguel Altieri).

Por otra parte, la resistencia de los jóvenes se manifestaba cotidianamente, especialmente en relación con los horarios de trabajo. Las actividades de la huerta se programaban generalmente después del almuerzo, momento asociado al descanso, lo que generaba apatía, retrasos y baja participación. Esta situación evidenció que la participación no puede imponerse, sino que debe construirse desde el interés y la motivación de los participantes, ya que de lo contrario se generan procesos superficiales y poco sostenibles (Roger Hart).

Para las facilitadoras, esto representó un dilema importante, ya que, aunque existía la necesidad de avanzar en el proceso, también se comprendió que recurrir a la imposición podía afectar la apropiación del proyecto. Obligar a participar puede generar cumplimiento momentáneo, pero no compromiso real. En este sentido, se evidenció que los procesos comunitarios requieren estrategias pedagógicas flexibles, que reconozcan los ritmos, intereses y dinámicas cotidianas de los participantes (Maritza Montero).

A partir de esta experiencia, se identificó un aprendizaje clave: las jornadas de descanso no deben ser utilizadas como espacios principales para el desarrollo de actividades, ya que esto genera resistencia y limita la participación. Por el contrario, es fundamental construir los procesos de manera participativa, incluso en aspectos como la organización del tiempo, permitiendo que los jóvenes se involucren en la toma de decisiones.

Finalmente, esta experiencia permitió comprender que la sostenibilidad de iniciativas como la huerta no depende únicamente de su valor pedagógico o productivo, sino de su capacidad para integrarse de manera armónica a la vida cotidiana de los participantes. Cuando los procesos se construyen desde la participación, el reconocimiento de los saberes y la adaptación a los contextos, aumentan significativamente las posibilidades de apropiación y continuidad, evidenciando que las prácticas sociales se consolidan a partir de procesos complejos, dinámicos y profundamente humanos (Oscar Jara Holliday).

La estrategia pedagógica: ensuciarse las manos junto a ellos

Frente a este panorama, la estrategia que diseñaron Valery Arteaga y Jhaira Alexandra Marín resultó fundamental para transformar la resistencia inicial y comenzar a construir un vínculo distinto con los jóvenes. Conscientes de que su posición como facilitadoras externas podía generar distancia o desconfianza, decidieron evitar una relación basada en la autoridad o la

imposición y optar por un enfoque más cercano, participativo y horizontal. La premisa que orientó su actuación fue sencilla pero profundamente significativa: mostrar con el ejemplo.

Esta decisión se relaciona con los principios de la educación popular, en la cual el aprendizaje se construye a partir de la práctica, el diálogo y la participación activa de los sujetos, superando relaciones verticales y promoviendo vínculos horizontales (Paulo Freire). En este sentido, la estrategia no fue únicamente una respuesta práctica a la resistencia de los jóvenes, sino también una forma de comprender el proceso educativo desde una lógica más participativa y transformadora.

La estrategia consistió, en primer lugar, en involucrarse directamente en las actividades de la huerta, realizando las tareas junto con los jóvenes en lugar de limitarse a dar instrucciones o supervisar el trabajo. Desde las primeras jornadas, las facilitadoras se ensuciaron las manos limpiando el terreno abandonado, descrito como “un patio lleno de hojas y un árbol de mandarinas seco”, participaron en la recuperación de la compostera, recogieron agua para el riego, transportaron tierra húmeda y sembraron las semillas junto a los jóvenes. Esta forma de participación buscaba transmitir que la huerta no era una actividad impuesta, sino un proceso colectivo en el que todas las personas tenían un rol activo.

Mostrar con el ejemplo implicaba también asumir una actitud de constancia y compromiso, incluso en aquellos momentos en los que la participación de los jóvenes era limitada. En varias ocasiones, las facilitadoras iniciaban las labores por cuenta propia, trabajando en la huerta aunque algunos jóvenes no se vincularan de inmediato. Con el paso del tiempo, esta actitud comenzó a generar curiosidad y pequeños acercamientos, evidenciando que el ejemplo puede convertirse en una forma de motivación más efectiva que la imposición, especialmente en contextos donde existe resistencia.

De manera complementaria, se generaron espacios de conversación durante las jornadas de trabajo, en los que se compartían experiencias, conocimientos y reflexiones relacionadas con el cultivo y la vida en el campo. Estos momentos permitieron fortalecer la confianza, disminuir la distancia inicial y construir un ambiente en el que los jóvenes podían expresarse con mayor libertad. Este énfasis en el diálogo y la construcción colectiva del conocimiento se alinea con la idea freireana de que nadie educa a nadie, sino que las personas se educan en conjunto a través de la interacción y la reflexión compartida (Paulo Freire).

La decisión de adoptar esta estrategia no fue improvisada, sino el resultado de la observación de las dinámicas del grupo y de la comprensión de que los enfoques tradicionales basados en la autoridad difícilmente generarían apropiación. Por el contrario, se optó por una forma de acompañamiento en la que la coherencia entre el discurso y la práctica se convirtió en el eje central del proceso.

Esta implicación directa tuvo un impacto significativo en la dinámica del grupo. Al observar que las facilitadoras asumían las mismas tareas, enfrentaban las mismas dificultades y sostenían el trabajo cotidiano, los jóvenes comenzaron a percibir la huerta como una experiencia compartida y no como una obligación externa. El trabajo físico conjunto se convirtió en un lenguaje común que facilitó el encuentro, el diálogo y la construcción de vínculos más horizontales.

Tal como se recoge en el diario de campo:

“La primera motivación fue mostrarles que nosotros íbamos a estar empapados del tema y que íbamos a participar con ellos... nosotras nos veíamos en la posición de trabajadora social y psicóloga, las profesionales que no se empapan del tema, sino que simplemente van a hacer su

trabajo. Como ya vivíamos con ellos, era más fácil mostrarles que nosotros también nos íbamos a empapar de eso” (Arteaga & Marín, diario de campo, 2025).

Esta reflexión evidencia cómo la estrategia permitió cuestionar el rol tradicional del profesional en contextos comunitarios, desplazándolo de una posición externa hacia una participación más cercana y comprometida.

Asimismo, esta inmersión total implicó transformaciones personales para quienes lideraban el proceso. En el caso de Valery, quien se reconoce como una persona “ciudadina”, el trabajo en la huerta representó un reto importante al enfrentarse a prácticas desconocidas. Sin embargo, esta disposición a aprender generó un efecto de identificación con los jóvenes, quienes comenzaron a verla no como una figura de autoridad, sino como alguien que también estaba en proceso de aprendizaje.

Este cambio en la percepción fortaleció la confianza y permitió construir relaciones más cercanas, evidenciando que los procesos sociales no solo transforman a los participantes, sino también a quienes los acompañan. En coherencia con esto, la experiencia permitió comprender que la intervención no es un proceso unidireccional, sino un espacio de construcción colectiva donde todos los actores se ven interpelados y transformados.

En este sentido, la estrategia de mostrar con el ejemplo no solo permitió avanzar en la recuperación de la huerta, sino que se consolidó como un elemento clave para fortalecer la participación, construir confianza y generar un proceso más coherente con los principios de la educación popular, en el cual el hacer, el dialogar y el reflexionar se convierten en ejes fundamentales del aprendizaje y la transformación social.

Una dificultad inesperada: la tensión con la instructora del SENA

Cuando la alianza con el SENA finalmente se concretó y la instructora Eidis Marley Ceballos comenzó a impartir los talleres, surgió una nueva y delicada dificultad. Si bien la profesional poseía un sólido conocimiento técnico y una capacidad pedagógica para explicar los contenidos teóricos, su estilo de relación con los jóvenes resultó ser contraproducente. Los muchachos, que apenas comenzaban a generar un vínculo de confianza con las estudiantes, se sintieron nuevamente interpelados desde una posición de autoridad y exigencia que les resultaba familiar y rechazable.

La instructora, posiblemente desde la mejor intención de formar, adoptó un tono que los jóvenes percibieron como duro, exigente y carente de sensibilidad frente a su condición de adolescentes vulnerables, separados de sus familias y sus entornos. La situación se volvió insostenible: los jóvenes, que ya habían mostrado resistencia inicial, ahora se sentían "rechazados, excluidos y obligados". La huerta, que debía ser un espacio de encuentro, amenazaba con convertirse en un escenario de conflicto.

Este fue uno de los momentos más críticos del proceso. Las practicantes se vieron en la necesidad de intervenir en una relación que no les correspondía directamente, pero que ponía en riesgo todo el proyecto. Asumieron entonces la delicada tarea de sostener una reunión con la instructora para expresarle, con respeto pero con claridad, la situación. Le explicaron que los jóvenes, de entre 12 y 17 años, se encontraban en una situación de vulnerabilidad emocional, lejos de sus hogares, y que el enfoque vertical y exigente no era el adecuado. Le plantearon que, si se quería continuar con el proceso, era necesario "bajarle un poco a la intensidad" y comprender que estos jóvenes ya poseían un saber empírico valioso que debía ser reconocido y dialogante, no ignorado ni subvalorado.

Esta mediación, aunque inicialmente generó incomodidad, se convirtió en un punto de inflexión que permitió reorientar el proceso formativo. A partir de ese diálogo, la instructora comenzó a realizar ajustes progresivos en su metodología, pasando de un enfoque más directivo y centrado en la exigencia a una forma de trabajo más flexible, cercana y adaptada a las particularidades del grupo.

Uno de los cambios más significativos fue en la manera de comunicarse con los jóvenes. Se redujo el tono impositivo y se dio paso a un lenguaje más accesible, menos técnico y más dialogante, lo que facilitó la comprensión de los contenidos y disminuyó la sensación de presión que algunos manifestaban. Asimismo, se incorporaron momentos de explicación más breves, combinados con espacios prácticos donde los jóvenes podían experimentar directamente en la huerta, favoreciendo un aprendizaje más dinámico y participativo.

En cuanto a la construcción de acuerdos con los jóvenes, este proceso no se dio de manera formal o rígida, sino a través de pequeños ajustes cotidianos que fueron generando mayor disposición. Se comenzó a reconocer sus tiempos, evitando en lo posible imponer ritmos de trabajo que no correspondieran con su disposición. También se validaron sus opiniones frente a las actividades, permitiéndoles proponer, preguntar y, en algunos casos, decidir sobre aspectos del trabajo en la huerta. Este reconocimiento, aunque sutil, contribuyó a que los jóvenes se sintieran más tenidos en cuenta y menos obligados.

Otro elemento clave fue el cambio en la manera de asumir la participación. En lugar de exigir una respuesta homogénea por parte de todos, se empezó a entender que cada joven se vinculaba desde sus propias posibilidades. Esto permitió disminuir la presión grupal y abrir espacios para que la participación surgiera de manera más espontánea. De igual forma, se

comenzó a reforzar positivamente los pequeños avances, lo que ayudó a fortalecer la motivación y el sentido de logro.

Como resultado de estos ajustes, la relación entre la instructora y los jóvenes fue mejorando de manera gradual. El ambiente en las sesiones se tornó menos tenso, más receptivo y con mayores niveles de interacción. Esto facilitó que los contenidos teóricos comenzaran a fluir de manera más natural, ya que los jóvenes estaban más abiertos a escuchar y participar.

Después de varios intentos por fortalecer el componente técnico del proyecto de huerta, las estudiantes identificaron la necesidad de buscar apoyo institucional que permitiera complementar el proceso con conocimientos más especializados. Aunque ellas habían logrado avanzar en la recuperación del terreno y en la motivación inicial de algunos jóvenes, eran conscientes de que su formación profesional no estaba centrada específicamente en agricultura o producción agroecológica. Por esta razón, comenzaron a explorar la posibilidad de establecer una alianza con el SENA que permitiera vincular a un instructor con experiencia en el tema.

El acercamiento al SENA implicó un proceso de gestión institucional. Las estudiantes realizaron contactos iniciales con el centro de formación correspondiente, explicaron el objetivo pedagógico de la huerta dentro del hogar y plantearon la posibilidad de que un instructor pudiera acompañar algunas sesiones formativas con los jóvenes. La propuesta fue bien recibida, en parte porque el proyecto se alineaba con el interés del SENA de promover procesos de formación práctica en contextos comunitarios. Tras varias comunicaciones y coordinaciones logísticas, finalmente se logró concretar el apoyo institucional y se designó a la instructora Eidis Marley Ceballos para acompañar algunos talleres relacionados con técnicas de cultivo, manejo del suelo y procesos básicos de siembra.

La llegada de la instructora generó inicialmente expectativas positivas. Para las estudiantes, contar con una profesional con conocimiento técnico representaba una oportunidad importante para fortalecer el proyecto y darle mayor legitimidad. Además, se esperaba que la presencia del SENA motivara a los jóvenes al sentir que estaban participando en una actividad vinculada a una institución reconocida de formación.

Sin embargo, una vez iniciaron los talleres, comenzó a evidenciarse una dificultad que no había sido prevista. Aunque la instructora demostraba un dominio sólido de los contenidos y una clara intención de enseñar, su estilo de relación con los jóvenes se percibió como demasiado rígido y exigente. Su forma de dirigirse al grupo respondía a una lógica más cercana a la formación técnica tradicional, basada en la disciplina, la atención constante y el cumplimiento estricto de instrucciones.

Para los jóvenes del hogar, que venían de experiencias institucionales marcadas por normas estrictas y figuras de autoridad, este estilo de interacción resultó particularmente sensible. Muchos de ellos apenas comenzaban a construir un vínculo de confianza con las estudiantes, gracias al enfoque participativo y cercano que ellas habían promovido en el proceso. En ese contexto, la presencia de una figura externa que se relacionaba desde una posición más jerárquica fue percibida como un regreso a dinámicas que ya les generaban resistencia.

La instructora, posiblemente desde la mejor intención de formar y de garantizar que los jóvenes aprendieran correctamente las técnicas de cultivo, adoptó un tono que ellos interpretaron como duro, exigente y poco sensible frente a su realidad emocional y social. Algunos jóvenes comenzaron a sentirse nuevamente evaluados, corregidos o señalados, lo que generó incomodidad y frustración. Según relatan las estudiantes, varios de ellos expresaron sentirse

“rechazados, excluidos y obligados”, sensaciones que reactivaban las resistencias iniciales que habían intentado superar durante las primeras fases del proyecto.

La situación generó una tensión significativa dentro del proceso. Lo que inicialmente se había concebido como un apoyo técnico para fortalecer la huerta comenzó a convertirse en una fuente de malestar para algunos jóvenes. Existía el riesgo de que el espacio que lentamente se había construido como un lugar de encuentro y participación volviera a asociarse con experiencias de imposición o control.

Frente a este escenario, las estudiantes comprendieron que era necesario intervenir de manera cuidadosa para evitar que el proceso se deteriorara. En lugar de suspender inmediatamente la participación de la instructora, optaron por asumir un rol de mediación. Por un lado, dialogaron con los jóvenes para escuchar sus percepciones y validar las incomodidades que estaban experimentando. Este espacio permitió que los muchachos expresaran con mayor claridad qué aspectos del trato les resultaban difíciles y por qué sentían que la dinámica estaba cambiando.

Por otro lado, las estudiantes también buscaron abrir un espacio de conversación con la instructora para compartirle el contexto particular de los jóvenes del hogar. En este diálogo se explicaron las características emocionales y sociales del grupo, así como el proceso previo que se había venido construyendo para generar confianza y participación. Más que cuestionar su conocimiento técnico, la conversación se centró en la necesidad de adaptar el enfoque pedagógico a las condiciones específicas del grupo.

A partir de estos intercambios, se realizaron algunos ajustes en la dinámica de los talleres. Las estudiantes comenzaron a asumir un papel más activo durante las sesiones, facilitando la comunicación entre la instructora y los jóvenes, ayudando a traducir las indicaciones técnicas en

actividades más participativas y procurando mantener el ambiente de colaboración que se había logrado construir previamente.

Lecciones aprendidas del proceso

Esta experiencia dejó varios aprendizajes relevantes para el proceso de sistematización. En primer lugar, evidenció que la articulación con instituciones externas, aunque puede aportar recursos valiosos, también requiere procesos de preparación y diálogo previo para garantizar que las metodologías y enfoques sean coherentes con el contexto social de los participantes.

En segundo lugar, mostró que el conocimiento técnico, por sí solo, no garantiza el éxito de un proceso formativo cuando se trabaja con poblaciones que han experimentado situaciones de vulnerabilidad. La forma en que se construyen las relaciones, el tono de la comunicación y la sensibilidad frente a las trayectorias de vida de los participantes resultan elementos tan importantes como los contenidos que se desean transmitir.

Finalmente, la situación permitió reafirmar la importancia del rol de mediación que pueden desempeñar los profesionales sociales en este tipo de procesos. Más allá de coordinar actividades, su papel implica facilitar el diálogo entre distintos actores, interpretar las necesidades del grupo y ajustar las dinámicas para proteger los vínculos de confianza que se van construyendo.

En ese sentido, la dificultad con la instructora no solo representó un momento de tensión, sino también una oportunidad para reflexionar sobre la importancia de integrar el saber técnico con una mirada pedagógica y social sensible al contexto de los jóvenes.

El punto de inflexión: la primera cosecha

A pesar de las tensiones, los momentos de resistencia y las dificultades propias del proceso, el trabajo en la huerta se sostuvo en la constancia cotidiana. No fue un avance inmediato

ni lineal, sino un proceso construido paso a paso, en el que cada jornada representó un pequeño logro. Día tras día, las practicantes junto con los jóvenes retomaban las actividades: limpiaban el terreno que inicialmente se encontraba en condiciones de abandono, retiraban hojas secas, organizaban el espacio y progresivamente iban dándole forma a la huerta.

El proceso comenzó con la recuperación del terreno, lo cual implicó varias jornadas de trabajo físico intenso. Se retiraron residuos acumulados, se reorganizó el espacio y se identificaron las zonas más adecuadas para la siembra. Este primer momento no solo representó una transformación material del lugar, sino también un proceso inicial de apropiación, en el que los jóvenes empezaron a reconocer que el espacio podía ser resignificado a partir de su propio esfuerzo.

Uno de los primeros hitos importantes fue la recuperación de la compostera. Este proceso implicó reorganizar los residuos orgánicos, reactivar su funcionamiento y comprender su papel dentro del ciclo de la huerta. Más allá de lo técnico, esta actividad permitió introducir una lógica de sostenibilidad, en la que los desechos se transforman en recursos, promoviendo una relación más consciente con el entorno, en coherencia con los principios de la agroecología (Miguel Altieri).

Posteriormente, la preparación de la tierra demandó esfuerzo físico y paciencia. Fue necesario remover el suelo, nivelarlo y mezclarlo con el abono producido, generando las condiciones adecuadas para la siembra. Aunque estas tareas pueden parecer simples, implicaron trabajo en equipo, constancia y una disposición que no siempre estuvo presente en todos los jóvenes, pero que se fue construyendo progresivamente.

La siembra de los semilleros marcó un momento simbólico dentro del proceso. En este punto no solo se depositaron semillas, sino también expectativas frente a lo que podía lograrse. A

diferencia de otras actividades más inmediatas, la siembra exigía paciencia, cuidado y espera. El riego constante, la protección de los cultivos y la observación diaria del crecimiento de las plantas se convirtieron en prácticas recurrentes que requerían responsabilidad y compromiso.

El proceso no estuvo exento de dificultades. Hubo días de baja motivación, momentos en los que algunos jóvenes no querían participar y situaciones en las que las condiciones climáticas dificultaban el trabajo. Sin embargo, la insistencia en mantener la huerta activa permitió que comenzaran a evidenciarse los primeros cambios. La aparición de los brotes generó curiosidad y, en algunos casos, un incipiente sentido de logro.

Este tipo de experiencias evidencian cómo el aprendizaje significativo se construye a partir de la experiencia directa y la participación activa, permitiendo que los sujetos establezcan una relación más profunda con los procesos que desarrollan (John Dewey).

El momento culminante llegó con la primera cosecha. Este no fue un evento aislado, sino el resultado acumulado de semanas de trabajo constante. Cuando los jóvenes pudieron recoger los primeros productos rábanos, cebollas y cilantro se produjo un cambio significativo en su percepción del proyecto. Lo que antes era visto como una actividad impuesta o poco relevante comenzó a adquirir sentido.

La cosecha materializó el esfuerzo, hizo visible el proceso y permitió que los jóvenes reconocieran que su trabajo tenía resultados concretos. Este momento marcó un antes y un después, ya que transformó la relación de los jóvenes con la huerta: la experiencia dejó de ser abstracta y se convirtió en algo tangible, cercano y útil.

Tal como se recoge en las notas de campo:

"Fue algo muy lindo, porque se dieron cuenta que el conocimiento teórico no es menos que el ancestral empírico que sus papás les enseñan... entender el por qué, de qué se conforma,

porque tiene tallo, porque tiene hojas, cuáles son los frutos, cuáles son sus beneficios..." (Arteaga & Marín, 2025).

A partir de este momento, los jóvenes comenzaron a comprender que el proceso no se limitaba a "plantar y recoger", sino que implicaba entender los fundamentos biológicos, ecológicos y nutricionales de la producción de alimentos. La teoría, que inicialmente había sido percibida como una imposición externa, empezó a dialogar con sus saberes previos, enriqueciéndolos y dándoles nuevos sentidos.

Este proceso puede comprenderse como un verdadero diálogo de saberes, en el cual el conocimiento técnico no reemplaza al saber tradicional, sino que lo complementa y lo fortalece (Paulo Freire). En este sentido, la huerta se consolidó como un espacio donde la experiencia campesina y la formación técnica se articularon para generar un aprendizaje más integral.

Además, la primera cosecha no solo tuvo un valor simbólico, sino también práctico. Permitted evidenciar que la huerta podía aportar de manera concreta al bienestar del hogar, generando alimentos que contribuían a la alimentación cotidiana. Este impacto material reforzó la percepción de utilidad del proyecto y fortaleció la motivación de los jóvenes.

En consecuencia, la huerta comenzó a ser vista no solo como un espacio de aprendizaje, sino como una posibilidad real de producción, aporte y construcción colectiva. La experiencia demostró que los procesos sostenidos en el tiempo, incluso cuando están atravesados por dificultades, pueden generar transformaciones significativas cuando logran conectar la práctica, el conocimiento y la experiencia de los participantes.

Los frutos materiales y simbólicos

Paralelamente con el aprendizaje, la huerta comenzó a cumplir su función productiva. Las hortalizas cosechadas empezaron a incorporarse a la alimentación diaria de los jóvenes, aliviando significativamente la economía del Hogar. Como se evidencia en el siguiente testimonio:

"Fue alivianar una carga en el tema de frutas y verduras para ellos, porque ya podían concentrarse en solo comprar granos y carne, que era lo más importante, porque lo otro estaba rindiendo fruto de parte de la huerta" (Arteaga & Marín, 2025).

Este alivio en la economía del Hogar Juvenil Campesino se constituyó en un argumento poderoso para que los jóvenes comenzaran a reconocer la huerta como un proyecto propio, útil y necesario dentro de su cotidianidad. Más allá de los discursos iniciales o de las explicaciones sobre sus beneficios, fue el hecho concreto de ver cómo los productos cultivados empezaban a aportar a la alimentación del hogar lo que permitió transformar su percepción.

El poder consumir lo que ellos mismos habían sembrado generó una conexión distinta con el proceso. La huerta dejó de ser vista como una actividad adicional o impuesta y empezó a entenderse como un espacio que producía resultados reales, visibles y directamente relacionados con su bienestar. Este aporte, aunque no resolvía completamente las necesidades del hogar, sí representaba un apoyo significativo que evidenciaba que el esfuerzo invertido tenía un sentido práctico.

A partir de este momento, algunos jóvenes comenzaron a involucrarse con mayor interés, no necesariamente desde la obligación, sino desde el reconocimiento de que su trabajo podía tener un impacto tangible. La producción de alimentos se convirtió en una forma concreta de aportar al sostenimiento del hogar, lo que fortaleció el sentido de responsabilidad y pertenencia frente al proyecto.

De esta manera, la huerta logró consolidarse no solo como un espacio formativo o de acompañamiento, sino también como una estrategia que contribuía, aunque fuera de manera parcial, a mejorar las condiciones de vida dentro del hogar. Este cambio en la percepción permitió que el proyecto ganara legitimidad entre los jóvenes, demostrando que, a pesar de las dificultades iniciales, era posible construir procesos colectivos con resultados reales y significativos. Este impacto material se convirtió, probablemente, en uno de los elementos más convincentes para que los jóvenes reconocieran el valor del proyecto. Más allá de las explicaciones sobre los beneficios educativos o ambientales de la huerta, ver resultados concretos permitió que la iniciativa adquiriera un significado mucho más claro para ellos. No se trataba solo de sembrar por aprender o por ocupar el tiempo, sino de producir alimentos que podían ser utilizados en la vida cotidiana del hogar.

En este sentido, el hecho de que parte de la cosecha comenzara a incorporarse en la alimentación del Hogar Juvenil Campesino representó un aporte importante. Aunque no resolvía completamente las necesidades alimentarias, sí contribuía de manera visible a complementar algunos de los productos que se consumían diariamente. Este pequeño aporte ayudó a aliviar, aunque fuera parcialmente, los gastos asociados a la alimentación, algo que los jóvenes lograron percibir con claridad.

Comprender que el trabajo realizado en la huerta tenía un efecto directo en el funcionamiento del hogar cambió la manera en que muchos de ellos miraban el proyecto. La huerta dejó de ser vista como una actividad propuesta por otras personas y comenzó a entenderse como un espacio que podía beneficiarles a todos. El esfuerzo invertido en limpiar el terreno, preparar la tierra, sembrar y cuidar las plantas empezaba a tener un resultado visible que podía compartirse colectivamente.

De esta manera, el aporte a la economía del Hogar Juvenil Campesino se transformó en un argumento muy significativo para fortalecer la apropiación del proyecto por parte de los jóvenes. Aquello que al inicio generó dudas, resistencia o indiferencia terminó mostrando, a través de resultados concretos, que era posible construir un espacio útil y valioso para la vida cotidiana del hogar.

Con el tiempo, la huerta comenzó a percibirse no solo como un lugar de trabajo o aprendizaje, sino también como una iniciativa que había logrado superar distintas dificultades y que demostraba, con hechos, que el esfuerzo colectivo podía generar cambios reales dentro del hogar.

Recuperación de la Historia y la Experiencia: El proceso de recuperación implicó un ejercicio de memoria colectiva. A través de relatos orales, registros institucionales, fotografías y testimonios, se reconstruyó la historia de la huerta como una parte esencial de la identidad del Hogar y de los Hogares juveniles en general. Dicha experiencia, fue transformada no solo como práctica agrícola, sino como escenario de acompañamiento psicosocial, transmisión de saberes intergeneracionales y fortalecimiento del sentido de pertenencia comunitaria.

La sistematización de experiencias supone un ejercicio de reconstrucción crítica de la memoria institucional, orientado a rescatar los sentidos, aprendizajes y desafíos de un proceso vivido. En el caso del Hogar Juvenil Campesino de Salgar, la reactivación de la huerta agroecológica en el año 2025 constituyó no solo una intervención puntual de carácter práctico, sino también la recuperación de un legado histórico que forma parte de la identidad de los Hogares Juveniles Campesinos de Colombia.

Actores clave para la reconstrucción histórica

1. La directora del Hogar, Claudia Tamayo: como depositaria de la memoria institucional y actual líder de los procesos llevados a cabo en el hogar.
2. Antiguos beneficiarios: Que hoy son adultos y estuvieron habitando el hogar durante la época en la que la huerta funcionaba de forma activa.
3. Educadores y acompañantes históricos: Personas que hayan sido parte de actividades de cultivo en la huerta.
4. Jóvenes beneficiarios actuales: Quienes desde sus vivencias recientes aportan la visión de la nueva generación que participa en el reinicio

9 Técnicas de recolección de datos e instrumentos de registro

Recuperación de la memoria a través de entrevistas

Para fortalecer esta reconstrucción se realizaron entrevistas a actores significativos que permitieran recuperar la memoria del proceso. Entre ellos destaca la conversación sostenida con la persona 1, un padre de familia ex beneficiario del hogar. La persona 1 relató con detalle cómo, años atrás, la huerta era parte de la rutina semanal de los muchachos: “Ellos se levantaban temprano, se organizaban en grupos y cada uno tenía una responsabilidad: unos sembraban, otros regaban, otros quitaban la maleza. Al final todos se sentían orgullosos porque la comida que llegaba a la mesa había pasado primero por sus manos”.

El testimonio evidencia que la huerta no era únicamente un espacio productivo, sino una verdadera escuela de vida. Allí se transmitían saberes agrícolas, pero también valores comunitarios y prácticas de solidaridad. Según la persona 1, la huerta fortalecía la disciplina y la unión entre los jóvenes: “Ese trabajo los hacía mejores personas; aprendían que todo esfuerzo tiene su fruto”.

Revisión documental y archivos

A la par de los testimonios orales, se consultaron registros documentales del hogar y fotografías antiguas donde se observan grupos de jóvenes trabajando la tierra con herramientas sencillas. Estos documentos confirmaron la importancia que en su momento tuvo la huerta como pilar educativo, además de visibilizar la posterior interrupción del proceso por falta de acompañamiento técnico y continuidad institucional. El contraste entre la memoria viva de los actores y la evidencia documental permitió construir una narrativa sólida de los orígenes y transformaciones de la huerta.

Diseño de entrevista semiestructurada

Objetivo de la entrevista: Recuperar la memoria histórica de la huerta en el Hogar Juvenil Campesino Jesús Naranjo Valencia, identificando sus orígenes, transformaciones y significados para la comunidad.

Este objetivo se fundamenta en la importancia de la recuperación de la memoria como proceso de reconstrucción de experiencias colectivas, en el cual los sujetos narran, interpretan y resignifican su historia. Como plantea Oscar Jara Holliday, la sistematización permite “recuperar, ordenar e interpretar críticamente la experiencia vivida”, otorgando sentido a los procesos sociales desde la voz de sus protagonistas (Jara, 2018).

Preguntas para realizar:

1. ¿Recuerda cómo y cuándo surgió la huerta en el Hogar Juvenil Campesino?
2. ¿Qué personas participaron en su inicio y cuáles fueron sus motivaciones?
3. ¿Qué cultivos eran los más frecuentes en la huerta?
4. ¿Cómo se organizaba el trabajo agrícola con los jóvenes?
5. ¿Qué significaba la huerta para los muchachos en su formación diaria?

6. ¿Qué cambios se dieron con el tiempo que llevaron a que la huerta se debilitara o desapareciera?
7. ¿Qué aprendizajes dejó la huerta en la vida de los jóvenes que participaron?
8. ¿Por qué considera importante que se haya retomado la huerta en 2025?
9. ¿Qué recomendaciones daría para que esta experiencia se mantenga viva en el tiempo?

Fecha de recolección: septiembre de 2025

Lugar: Llamada telefónica realizada a residente de zona rural de Salgar, Antioquia.

Informante: Padre de Rubén Steven Gil (ex beneficiario del Hogar Juvenil Campesino Jesús Naranjo Valencia).

Técnica de recolección: Entrevista semiestructurada (vía telefónica).

Transcripción del testimonio

"Ay vea miya, yo sí me acuerdo clarito de esa huerta porque eso nació con el mismo Hogar, casi que al tiempo. Eso no fue idea de un solo, sino de todos, porque siempre se pensó que los muchachos tenían que aprender con la cabeza y con las manos. No bastaba con el estudio, había que enseñarles a trabajar la tierrita, a quererla. La huerta era como la escuelita aparte, donde se formaban pa' la vida.

Al principio, los que más metían mano eran los pelaos mismos que vivían internos allá, con la guía de las directivas y la ayuda de algunos vecinos. La motivación, pues, era sencilla: sembrar pa' comer, pa' que no faltara el cilantro en la sopa, el fríjol pa' la olla, la cebolla pa' darle sabor. Pero también, detrás de eso, estaba la enseñanza de que con disciplina y empeño se sale adelante.

Yo me acuerdo de que se cultivaba lo más necesario: fríjol, maíz, cilantro, cebolla, tomate, y hasta hierbitas pa' remedio. Todo lo que se sacaba era pa' el consumo del mismo hogar. Eso les aliviaba mucho el gasto, porque no tocaba comprar tanto.

El trabajo era organizado. Se levantaban temprano, con el fresco de la mañana, y cada grupo tenía su tarea: unos limpiaban, otros sembraban, otros regaban y los demás arrancaban la maleza. Cada uno sabía lo que le tocaba, y eso era bonito porque al final todos sentían el orgullo de decir: *“esto que me estoy comiendo yo mismo lo sembré”*.

Pa' los muchachos, esa huerta era más que sembrar. Era una escuela, una enseñanza pa' toda la vida. Ahí aprendían disciplina, paciencia, trabajo en grupo. Yo digo que ahí se cultivaban valores, no solo verduras.

Con el tiempo, vea, la cosa se fue cayendo. Ya no había tanta ayuda, cambiaron las administraciones, no había recursos, los pelaos tenían más estudio y se fue dejando perder. Hasta que la maleza ganó la partida y la huerta quedó sola. Y eso dolió, porque se perdió un pedazo de lo que era el Hogar.

Pero vea que ahora, con ustedes retomando la idea en el 2025, eso es una bendición. Eso significa volver a las raíces, enseñarles otra vez a valorar la tierra, a no olvidar que venimos del campo. Yo digo que la huerta no es solo pa' sacar comida, es pa' sanar, pa' compartir, pa' que los muchachos se sientan útiles y orgullosos.

Si me preguntan qué hacer pa' que esto no se pierda otra vez, yo les digo: que no dejen de acompañar a los muchachos, que haya siempre alguien que los guíe y los motive. Que sigan buscando apoyo de instituciones como el SENA, que enseñan la parte técnica, y que los pelaos vean la huerta como un orgullo, no como una obligación. La tierra, si uno la cuida con amor nunca deja de dar fruto. Y esa huerta es la mejor escuela que puede tener un joven campesino.”

Fecha de recolección: septiembre de 2025

Lugar: Conversación telefónica con la directora.

Informante: Claudia Patricia Tamayo, directora y ex beneficiaria del Hogar Juvenil Campesino de Salgar.

Técnica de recolección: Entrevista semiestructurada (vía telefónica).

Transcripción del testimonio

"Yo puedo hablar de la huerta con mucho cariño porque la viví en dos momentos distintos: como muchacha interna en los años ochenta y ahora como directora del Hogar. En ese entonces, cuando yo era estudiante, la huerta era casi que la vida misma del Hogar. Se respiraba un ambiente de unión, de trabajo compartido. La huerta no era vista como un castigo ni como una obligación, sino como un lugar donde todos aportábamos algo y sentíamos orgullo de lo que hacíamos.

Recuerdo que nos levantábamos antes de las siete de la mañana, todavía con el sereno sobre la tierra, y nos íbamos en grupos a hacer lo que nos correspondía: preparar la tierra, sembrar semillas, regar o arrancar la maleza. Había un orden muy marcado, porque los educadores nos enseñaban que cada tarea tenía su importancia. Esa rutina no solo servía para mantener la huerta en buen estado, sino que también nos formaba en disciplina y constancia.

Los cultivos eran sencillos pero vitales: fríjol, maíz, cilantro, tomate, cebolla y algunas hierbas medicinales como el toronjil o la hierbabuena. Con eso complementábamos la comida de todos los días. Era bonito ver que lo que se servía en el plato lo habíamos trabajado nosotros mismos. Eso le daba más sabor a la comida, porque sabíamos que tenía detrás nuestro esfuerzo.

La huerta también tenía un valor simbólico muy fuerte. Representaba nuestras raíces campesinas y nos recordaba que ser campesino no era motivo de vergüenza, sino de orgullo. Yo

misma, siendo joven, aprendí que la tierra responde cuando se le cuida con respeto. Y ese aprendizaje nunca se me olvidó.

Con el paso de los años, ya cuando salí del Hogar y vi desde afuera el proceso, me dio tristeza notar cómo la huerta se fue apagando. Hubo varias razones: falta de recursos, cambios administrativos, menos tiempo de los muchachos por las exigencias académicas, y, sobre todo, ausencia de acompañamiento técnico. La huerta poco a poco se llenó de maleza y dejó de ser ese punto de encuentro que fue en mis tiempos. Eso fue una pérdida no solo en lo material, sino también en lo simbólico: se perdió un espacio que ayudaba a formar mejores seres humanos.

Ahora, como directora, yo siento que recuperar la huerta en el 2025 es como cerrar un ciclo. Es volver a sembrar la semilla que nunca debió apagarse. La huerta hoy no es solo un lugar para producir alimentos, es un espacio pedagógico, terapéutico y comunitario. He visto cómo los jóvenes la toman con entusiasmo, cómo se ríen trabajando juntos, cómo se sienten útiles y orgullosos. Incluso he notado que muchos de ellos descargan ahí sus emociones, como si la tierra fuera también una forma de sanar.

Por eso digo que la huerta es más que sembrar cilantro o cebolla: es sembrar esperanza, disciplina y valores. Es darles a los jóvenes una herramienta para su vida, que les va a servir mucho más allá del Hogar.

Mi recomendación es que nunca más se deje perder. Que siempre exista acompañamiento, que las instituciones como el SENA sigan apoyando con la parte técnica, y que la comunidad entienda que esta huerta no es solo un proyecto de temporada, sino un pilar del Hogar. Si logramos que los muchachos vean la huerta como un motivo de orgullo, estoy segura de que se mantendrá viva por muchos años más. Yo lo viví en carne propia y sé lo que significa

para su formación. La huerta me enseñó a ser mejor persona, y ahora quiero que les enseñe lo mismo a las nuevas generaciones.

Fecha de recolección: septiembre de 2025

Lugar: Conversación telefónica con ex beneficiario.

Informante: Julián Agudelo, ex beneficiario del Hogar Juvenil Campesino Jesús Naranjo Valencia (2010).

Técnica de recolección: Entrevista semiestructurada (vía telefónica).

Transcripción del testimonio

"Yo ingresé al Hogar Juvenil en el año 2010, cuando estaba en plena adolescencia. Recuerdo que la huerta todavía tenía mucha vida en ese entonces, y para mí fue una de las experiencias más importantes que viví allí. Desde el primer día nos decían que la huerta no era un espacio cualquiera, que era parte fundamental de nuestra formación. Y yo lo entendí así: no era solo sembrar o cosechar, era aprender a vivir con disciplina y a valorar el esfuerzo propio.

Me acuerdo que teníamos rutinas bien organizadas. A veces nos tocaba madrugar a regar antes de ir a clases, y no importaba si había llovido o si el sol estaba fuerte, había que cumplir. Unos se encargaban de sembrar las semillas, otros del desyerbe y otros de recoger lo que ya estaba listo. Era un trabajo que exigía compromiso, porque si alguien no cumplía con su tarea, todos lo sentíamos. Eso nos unía y nos enseñaba a trabajar como un equipo.

Los cultivos que más me quedaron grabados fueron el fríjol, la cebolla, el tomate y el maíz. Me gustaba mucho ver cómo algo tan pequeño como una semilla se transformaba en alimento. Cuando uno se servía un plato de frijoles que había sembrado y cuidado, ese plato sabía distinto: sabía a esfuerzo, a disciplina y a orgullo.

La huerta también tenía un valor emocional. Era un espacio donde uno podía despejar la mente, olvidarse un poco de los problemas familiares o de las preocupaciones de la adolescencia. Trabajar la tierra me daba tranquilidad y, aunque uno era muchacho y a veces renegaba, después se daba cuenta de que eso era lo que más lo formaba.

Con el paso del tiempo vi cómo la huerta se empezó a deteriorar. Faltaba apoyo, había menos recursos, y también nosotros los jóvenes teníamos más carga académica. Poco a poco se fue dejando de lado, hasta que ya no se le daba la misma importancia. Me dolió mucho, porque yo sabía lo que se estaba perdiendo. La huerta era más que un terreno con cultivos: era un símbolo del Hogar, un lugar que nos enseñaba a ser mejores personas.

Hoy, siendo soldado profesional, me doy cuenta de que mucho de lo que aprendí en esa huerta me sirve en mi vida actual. La disciplina, la constancia, el trabajo en equipo... todas esas cosas que me enseñó la tierra hoy son las mismas que aplico en el Ejército. Cuando estoy en una misión o en un entrenamiento duro, me acuerdo de esos días en la huerta, donde aprendí que nada se logra sin esfuerzo y que el resultado siempre llega si se trabaja con dedicación.

Por eso, para mí es una gran alegría que en el 2025 se haya retomado la huerta. Es como revivir una parte del Hogar que nunca debió perderse. Sé lo que significa para los jóvenes, porque yo lo viví, y estoy seguro de que ahora puede ser incluso mejor, porque cuentan con apoyo técnico del SENA y con una visión más integral.

Mi recomendación es que nunca la dejen perder otra vez. Que los jóvenes la vean como algo propio, que entiendan que no es una obligación sino un orgullo. Que siempre haya acompañamiento, porque la huerta necesita manos, pero también motivación y guía. Esa huerta es como un maestro silencioso, que enseña con paciencia. Yo le debo mucho de lo que soy hoy a

lo que aprendí allá, y me alegra pensar que otros muchachos podrán recibir esa misma enseñanza.

Si algo les puedo decir a los jóvenes que están ahora en el Hogar es que aprovechen la huerta. Que no la vean como un simple trabajo, sino como un lugar donde se forman para la vida. Porque la disciplina que se aprende sembrando es la misma que después sirve para enfrentar cualquier reto en el futuro, sea en el campo, en la ciudad o, como en mi caso, en el Ejército.”

Revisión de informes de inmersión social

La revisión de los informes de inmersión social constituye una de las técnicas más valiosas para la sistematización de la experiencia de la huerta agroecológica en el Hogar Juvenil Campesino de Salgar, ya que estos documentos recogen, de manera escrita y reflexiva, el proceso vivido en tiempo real. Lo que les otorga un carácter testimonial y analítico al mismo tiempo.

Estos informes nos sirven porque permiten reconstruir con precisión cada etapa del proceso. En ellos aparece cómo se identificó el terreno enmalezado y olvidado, cómo surgió la inquietud de recuperarlo y cómo los jóvenes reaccionaron ante la propuesta. Se documenta, por ejemplo, que varios expresaron entusiasmo al recordar que en el pasado existió una huerta, y que otros mostraron curiosidad por aprender a sembrar. Esa información inicial es clave, porque muestra que la huerta no nació de una imposición externa, sino de un diálogo entre memoria institucional y motivaciones juveniles.

A lo largo de los informes también se evidencia el proceso de apropiación de los jóvenes. En los primeros registros, algunos se muestran poco interesados o con dudas sobre la utilidad de la huerta. Sin embargo, en los informes posteriores se observa cómo esa actitud cambia al participar de las primeras siembras, al ver brotar las semillas o al reconocer que el trabajo de sus

manos aportaba directamente a su alimentación diaria. Estos detalles son fundamentales porque permiten analizar cómo la huerta fue generando sentido de pertenencia, motivación y orgullo entre los beneficiarios, elementos centrales para comprender su impacto psicosocial.

Otro aspecto que los informes ponen de relieve es la dimensión pedagógica y terapéutica de la huerta. No se trata solo de anotar qué se sembró o qué se cosechó, sino de registrar cómo los jóvenes iban encontrando en la tierra un espacio para expresarse y transformar emociones. En varios momentos se describe que algunos muchachos, al trabajar el suelo, manifestaban sentirse más tranquilos o menos estresados. También se identificaron liderazgos espontáneos, donde jóvenes organizaban a sus compañeros, lo que muestra que la huerta fue un escenario de aprendizaje práctico y de fortalecimiento de habilidades sociales. Estos matices, consignados en los informes, permiten darle profundidad al análisis de la categoría pedagógico-psicosocial.

De igual manera, los informes son útiles porque documentan la articulación institucional con el SENA. Allí se encuentra el registro de los talleres dictados por la agrónoma instructora, las capacitaciones sobre manejo de suelos, elaboración de abonos orgánicos, control de plagas y técnicas de riego, así como la certificación obtenida por los jóvenes. Esta información es valiosa porque no solo da cuenta de actividades puntuales, sino que muestra cómo el proceso fue ganando sostenibilidad y respaldo técnico, lo que fortalece la categoría de análisis relacionada con la sostenibilidad de la huerta.

Otro punto que los informes aportan es la identificación de avances y dificultades concretas. Entre los avances, se resaltan las primeras cosechas, el entusiasmo renovado de los jóvenes, la consolidación de la huerta como espacio comunitario y el valor simbólico de volver a tener un lugar de identidad campesina. Entre las dificultades, se mencionan la escasez de herramientas, las lluvias que afectaron algunos semilleros y la necesidad de reforzar el

acompañamiento constante. Estos elementos permiten que la sistematización no se quede en un relato idealizado, sino que reconozca los retos enfrentados y los aprendizajes generados a partir de ellos.

La utilidad de estos informes radica también en su capacidad de conectar la memoria con el presente. En ellos no solo se describe lo que los jóvenes hicieron, sino también cómo esa experiencia dialoga con la historia del Hogar y con los relatos de quienes vivieron la huerta en épocas anteriores. Así, los informes cumplen una función integradora: recuperan la tradición campesina, la vinculan con la experiencia actual y la proyectan hacia el futuro, mostrando cómo la huerta sigue siendo un pilar educativo y comunitario.

Revisión y análisis de fotografías

En las imágenes se registran diferentes momentos significativos: el desyerbe y limpieza del terreno, las primeras siembras en los semilleros, la aplicación de abonos orgánicos preparados por los mismos jóvenes, las labores de riego y cuidado de las plantas, y la cosecha inicial de productos como cilantro, cebolla o tomate. Estas fotografías permiten observar no solo las actividades agrícolas en sí mismas, sino también el nivel de compromiso y entusiasmo de los beneficiarios. En muchos gestos y actitudes captados en las fotos se refleja la alegría de ver cómo la tierra empieza a dar fruto gracias al esfuerzo colectivo.

La utilidad de estas fotografías para la sistematización radica en que aportan evidencia directa y verificable de lo que se describe en los informes de inmersión social y en los testimonios orales. Lo que se narra sobre el proceso de siembra, de cuidado del suelo o de aprendizaje práctico se complementa y se valida con imágenes que lo muestran de manera concreta. Así, la fotografía no es solo un accesorio ilustrativo, sino una fuente que fortalece la credibilidad y la riqueza del análisis.

Además, las fotografías recientes permiten identificar aprendizajes adquiridos durante la formación brindada por el SENA. Por ejemplo, en las imágenes donde se observa a los jóvenes manipulando abonos orgánicos o aplicando técnicas de riego eficiente, se evidencia cómo el proceso de capacitación se llevó a la práctica. Esto es fundamental para analizar la categoría de sostenibilidad de la huerta, ya que demuestra la apropiación de prácticas agroecológicas que garantizan la viabilidad del proyecto a largo plazo.

Ilustración 2.



Participación de jóvenes en actividades de mantenimiento y adecuación de la huerta agroecológica del Hogar Juvenil Campesino del municipio de Salgar.

Fuente: Elaboración propia.

Ilustración 3.



Actividades de siembra y aprendizaje agrícola desarrolladas por niños del Hogar Juvenil Campesino en la huerta agroecológica.

Fuente: Elaboración propia.

Ilustración 4.



Participación de los niños en procesos de preparación del terreno y fortalecimiento de prácticas agroecológicas en la huerta comunitaria.

Fuente: Elaboración propia.

10 Paso para la recuperación del proceso de sistematización de experiencia

Para llevar a cabo la recuperación del proceso vivido con los jóvenes en el municipio de Salgar, nos remontamos a la historia de la huerta agroecológica del Hogar Juvenil Campesino Jesús Naranjo Valencia que ha sido extendida a lo largo de más de cinco décadas, atravesando momentos de esplendor, deterioro, abandono y finalmente reactivación. Esta línea de tiempo reconstruye dicho proceso a partir de los testimonios de sus protagonistas, los registros documentales y las memorias que han permanecido latentes en la institución.

PRIMERA ETAPA: NACIMIENTO Y CONSOLIDACIÓN (1970-2009)

Década de 1970-1980: Fundación y primeros pasos

En el marco del movimiento de Hogares Juveniles Campesinos impulsado por Monseñor Gerardo Valencia Cano en Colombia durante la década de 1960, el Hogar Juvenil Campesino de Salgar incorporó desde sus primeros años de funcionamiento la huerta como un pilar fundamental de su proyecto pedagógico. La huerta no surgió como una iniciativa aislada, sino como parte de una concepción integral de la formación campesina, que articulaba el estudio, el trabajo y la convivencia.

Fueron principalmente los jóvenes internos, guiados por las directivas del Hogar y con el respaldo de líderes comunitarios, quienes pusieron en marcha las primeras siembras. En ese entonces, la huerta era concebida como un espacio de formación integral, donde se entrelazaban la práctica agrícola con la construcción de valores humanos y sociales. Como lo recuerda el señor Gil, padre de un exbeneficiario: "Eso no fue idea de un solo, sino de todos, porque siempre se pensó que los muchachos tenían que aprender con la cabeza y con las manos. No bastaba con el estudio, había que enseñarles a trabajar la tierrita, a quererla".

Los cultivos iniciales incluían hortalizas básicas como cebolla, tomate, fríjol, cilantro y hierbas medicinales, que contribuían a la autosostenibilidad alimentaria del Hogar. Un documento institucional de 1998, al recordar aquellos primeros años, señalaba: "La huerta ha sido desde los primeros años del Hogar Juvenil Campesino de Salgar un escenario pedagógico donde se cultivan alimentos, saberes y valores. En ella se siembra no solo para comer, sino para aprender y crecer juntos".

Década de 1990: Consolidación del proyecto productivo

Durante la década de 1990, la huerta alcanzó su máximo esplendor como proyecto colectivo. Padres de familia, beneficiarios y directivos se involucraron activamente en el cuidado de los cultivos, consolidando un modelo de participación que trascendía lo meramente productivo. Se sembraban productos básicos para el consumo interno fríjol, maíz, cilantro, cebolla, tomate que complementaban significativamente la dieta de los jóvenes.

La organización del trabajo era rigurosa pero formativa. Los jóvenes se levantaban temprano, se organizaban en grupos y cada uno asumía responsabilidades específicas: unos limpiaban, otros sembraban, otros regaban y los demás se encargaban de desmalezar. Esta rutina no solo garantizaba el mantenimiento de la huerta, sino que enseñaba disciplina, constancia y trabajo en equipo.

El señor Gil, quien fue beneficiario en esa época y hoy es padre de un joven del Hogar, recuerda: "Todos aportábamos algo; los muchachos aprendían y nosotros como padres veíamos con orgullo su esfuerzo. La huerta era como la escuelita aparte, donde se formaban pa' la vida". La huerta se había convertido en un símbolo de identidad campesina y de orgullo colectivo.

Década de 2000: Apertura pedagógica y comunitaria

En la primera década del 2000, la huerta se reafirmó como eje educativo y fortaleció su vínculo con la comunidad circundante. Se convirtió en escenario para transmitir saberes campesinos tradicionales, prácticas de conservación de semillas y manejo sostenible del suelo. Los jóvenes no solo aprendían técnicas agrícolas, sino que también se formaban como líderes rurales con capacidad de transformar sus entornos.

Durante este período, se fortalecieron los vínculos entre los jóvenes del Hogar y las familias campesinas de la región, lo que reforzó el carácter identitario de la institución. Un documento formativo de los Hogares Juveniles Campesinos de Colombia, fechado en 2003, recogía este espíritu: "Las huertas escolares y comunitarias han sido desde siempre un espacio de encuentro pedagógico, donde los jóvenes aprenden a valorar la tierra, a cuidarla y a reconocerse como parte activa de una comunidad que se sostiene en el trabajo colectivo".

SEGUNDA ETAPA: DECAIMIENTO, ABANDONO Y MEMORIA LATENTE (2010-2024)

2010-2015: Deterioro y debilitamiento

A partir de 2010, múltiples factores comenzaron a erosionar la continuidad del proyecto de la huerta. Los cambios administrativos implicaron la pérdida del impulso y la memoria institucional sobre su importancia. Disminuyeron los recursos destinados a insumos, herramientas y mantenimiento, y se hizo evidente la ausencia de acompañamiento técnico especializado. Paralelamente, el aumento de las exigencias académicas dejó menos tiempo para las actividades prácticas de la huerta.

Julián Agudelo, quien ingresó al Hogar en 2010, recuerda con claridad este proceso de deterioro: "Con el paso del tiempo vi cómo la huerta se empezó a deteriorar. Faltaba apoyo,

había menos recursos, y también nosotros los jóvenes teníamos más carga académica. Poco a poco se fue dejando de lado, hasta que ya no se le daba la misma importancia. Me dolió mucho, porque yo sabía lo que se estaba perdiendo".

Los informes institucionales de la época registraban la preocupación por la pérdida de esta práctica, considerada por algunos directivos como "parte esencial de la filosofía del Hogar Juvenil". Sin embargo, las preocupaciones no lograron traducirse en acciones concretas de recuperación.

2016-2020: Abandono progresivo

Entre 2016 y 2020, la huerta entró en un período de silencio y desuso. El terreno comenzó a ser cubierto progresivamente por maleza, mientras las prioridades institucionales se concentraban en otras áreas. Se perdieron herramientas, semillas y registros de siembra. La huerta, que había sido un espacio vital, desapareció físicamente.

Sin embargo, algo permaneció: la memoria. A pesar del abandono físico, los recuerdos de la huerta continuaron vivos en los relatos de algunos exbeneficiarios, que evocaban con nostalgia lo que aquella experiencia había significado para su formación. Julián Agudelo, hoy soldado profesional, reflexiona: "Hoy me doy cuenta de que mucho de lo que aprendí en esa huerta me sirve en mi vida actual. La disciplina, la constancia, el trabajo en equipo... todas esas cosas que me enseñó la tierra hoy son las mismas que aplico en el Ejército".

2021-2024: Recuerdos dispersos y ausencia de continuidad

Entre 2021 y 2024, la huerta existió solo en la memoria y en algunos registros fotográficos que dormían en archivos personales e institucionales. Algunos jóvenes que ingresaban al Hogar preguntaban ocasionalmente por ella, al escuchar relatos de egresados o al

ver fotografías antiguas. Pero no se materializaron esfuerzos concretos de recuperación por falta de liderazgo, recursos y acompañamiento institucional.

Este lapso de silencio evidenció cómo los procesos comunitarios, cuando no cuentan con sostenibilidad institucional ni relevo generacional consciente, pueden desvanecerse físicamente, aunque su semilla simbólica permanezca latente, esperando condiciones propicias para germinar nuevamente.

TERCERA ETAPA: REACTIVACIÓN Y RESIGNIFICACIÓN (2025)

Febrero 2025: Llegada de las practicantes de UNIMINUTO

En febrero de 2025, las estudiantes de Trabajo Social de la Corporación Universitaria Minuto de Dios, Valery Arteaga Sabogal y Jhaira Alexandra Marín, iniciaron su práctica profesional en el Hogar Juvenil Campesino de Salgar. Durante las primeras semanas de reconocimiento institucional, identificaron un terreno cubierto de maleza, con un árbol de mandarinas abandonado. Al preguntar, descubrieron que allí había funcionado la antigua huerta. Este hallazgo se convirtió en el punto de partida de todo el proceso de reactivación y de la presente sistematización.

En diálogo con la directora Claudia Patricia Tamayo exbeneficiaria del Hogar en los años ochenta y con los jóvenes actuales, surgió la inquietud de recuperar la huerta. Se inició entonces un proceso intencionado de recuperación de la memoria histórica. Se realizaron entrevistas a actores clave: el señor Gil, padre de un exbeneficiario, quien recordó los orígenes y el esplendor de la huerta; y Julián Agudelo, exbeneficiario de 2010, quien relató el deterioro y valoró los aprendizajes para su vida actual. También se revisaron archivos institucionales y fotografías antiguas que evidenciaban la relevancia de la huerta en épocas anteriores.

Marzo 2025: Decisión de retomar la huerta

A partir de los hallazgos de la memoria y del diálogo con la comunidad, las estudiantes propusieron formalmente la reactivación de la huerta con una perspectiva integral. Los fundamentos de la propuesta eran cuatro: económico (producir hortalizas para el autoconsumo y aliviar los gastos de alimentación), psicosocial (generar un espacio terapéutico y de integración), educativo (complementar el saber empírico con fundamentos teóricos) y comunitario (articular a jóvenes, dirección, familias y entidades externas). El proyecto recibió la aprobación entusiasta de la directora y una acogida inicial por parte de los jóvenes, aunque con resistencias que se manifestarían en las semanas siguientes.

Abril 2025: Articulación con el SENA

Se gestionan los primeros contactos con el Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA), institución que se compromete a brindar apoyo técnico y capacitaciones para garantizar la viabilidad del proyecto. Este acompañamiento abre la posibilidad de que la huerta se convierta en un proceso sostenible a largo plazo.

Mayo 2025 en adelante: Proyección de futuro

Se inicia la planificación de la siembra, con expectativas de que la huerta no solo provea alimentos, sino que se constituya en un escenario psicosocial, pedagógico y comunitario que recupere la identidad histórica del hogar y garantice aprendizajes significativos para las nuevas generaciones de jóvenes campesinos.

11 Paso a paso de reconstrucción de la sistematización de experiencia

Para la reconstrucción de la sistematización de la experiencia con los jóvenes del Hogar Juvenil Campesino se utilizaron técnicas de sistematización que dieran una mayor claridad y enfoque hacia el cumplimiento de los objetivos y la pregunta que le da sentido a la sistematización, los cuales se mencionan a continuación:

- Revisión documental
- Diario de campo
- Matriz de análisis
- Observación participante
- Entrevistas semiestructuradas

Durante la sistematización de experiencias, como proceso de interpretación crítica, no solo radica en la reconstrucción cronológica de los hechos. Su potencia reside, precisamente, en la capacidad de desentrañar los significados que esos hechos tuvieron para quienes los protagonizaron. En el caso de la huerta agroecológica del Hogar Juvenil Campesino de Salgar, integrar el significado con el hecho implica transitar de la pregunta "¿qué pasó?" a la pregunta "¿qué representó lo que pasó para los jóvenes, para la directora, para los exbeneficiarios, para la institución?".

Esta integración no es un ejercicio adicional ni decorativo. Es, como lo plantea Oscar Jara, el corazón mismo de la sistematización: descubrir la lógica del proceso vivido, los factores que intervinieron y, sobre todo, "por qué lo han hecho de ese modo". Ese "por qué" es la puerta de entrada al significado.

A lo largo de la reconstrucción histórica de la huerta, fue posible identificar que cada etapa no solo estuvo marcada por hechos concretos, sino por formas particulares de significar la experiencia.

En sus orígenes, durante las décadas de 1970 y 1980, la huerta significó para los jóvenes fundadores una escuela de vida. No era un espacio separado de la formación, sino parte esencial de ella. Como lo recuerda el señor Gil, exbeneficiario de esa época: "Eso no fue idea de un solo, sino de todos, porque siempre se pensó que los muchachos tenían que aprender con la cabeza y

con las manos". La huerta significaba, entonces, la posibilidad de una formación integral que articulaba el saber académico con el saber hacer campesino. Era, en palabras de un documento institucional de 1998, un lugar donde "se siembra no solo para comer, sino para aprender y crecer juntos".

En la década de 1990, cuando la huerta alcanzó su máximo esplendor, el significado se amplió hacia el orgullo colectivo. Los jóvenes no solo aprendían, sino que se sentían orgullosos de que su esfuerzo se viera reflejado en la alimentación de todos. El mismo señor Gil lo expresa con claridad: "Todos aportábamos algo; los muchachos aprendían y nosotros como padres veíamos con orgullo su esfuerzo. La huerta era como la escuelita aparte, donde se formaban pa' la vida". Este orgullo fortalecía el sentido de pertenencia y la identidad campesina, y convertía la huerta en un símbolo de lo que el Hogar representaba.

El período de deterioro y abandono, comprendido aproximadamente entre 2010 y 2024, estuvo marcado por un significado de pérdida. Julián Agudelo, quien ingresó al Hogar en 2010 y fue testigo del declive, lo expresa con una honestidad que conmueve: "Con el paso del tiempo vi cómo la huerta se empezó a deteriorar. Faltaba apoyo, había menos recursos, y también nosotros los jóvenes teníamos más carga académica. Poco a poco se fue dejando de lado, hasta que ya no se le daba la misma importancia. Me dolió mucho, porque yo sabía lo que se estaba perdiendo". La huerta, que había sido espacio de vida, pasó a significar ausencia, vacío, memoria que se desvanece. Pero no desapareció del todo: permaneció latente en los relatos de quienes la vivieron, esperando condiciones para resurgir.

11.1 Reconstrucción del proceso de sistematización

La llegada de las estudiantes de Trabajo Social en febrero de 2025 y el posterior proceso de reactivación de la huerta implicaron una compleja negociación de significados entre los diferentes actores.

Para las estudiantes, la huerta significó inicialmente una oportunidad de intervención profesional con potencial transformador. Veían en ella la posibilidad de articular lo productivo con lo psicosocial, lo pedagógico con lo comunitario. Pero también significó un reto personal, especialmente para Valery, una persona ciudadina que debió enfrentar el desafío de ensuciarse las manos y aprender haciendo junto a los jóvenes.

Para la directora Claudia Tamayo, que vivió la huerta en dos momentos de su vida como beneficiaria en los años ochenta y como directora en 2025, la reactivación significó cerrar un ciclo, recuperar algo que nunca debió perderse. Su testimonio es revelador: "Yo puedo hablar de la huerta con mucho cariño porque la viví en dos momentos distintos: como muchacha interna en los años ochenta y ahora como directora del Hogar. En ese entonces, cuando yo era estudiante, la huerta era casi que la vida misma del Hogar". Para ella, la huerta significaba continuidad, la posibilidad de que las nuevas generaciones vivieran lo que ella había vivido.

Para los jóvenes actuales, el significado de la huerta fue cambiando a lo largo del proceso. Inicialmente, significó obligación y pérdida de tiempo. Provenientes de familias campesinas, asociaban el trabajo en la tierra con el esfuerzo forzado y no con un espacio de aprendizaje. Como ellos mismos decían: "ya todo lo conocemos". Esta resistencia no era caprichosa: era la defensa de un saber que ellos ya poseían, el saber empírico transmitido por sus familias. Decir "ya sabemos" era también una forma de decir "nuestro saber también vale".

La estrategia pedagógica de las estudiantes participar horizontalmente en todas las labores, ensuciarse las manos junto a ellos comenzó a transformar ese significado. Al ver que las profesionales no se ubicaban en un lugar de superioridad, sino que se involucraban como compañeras, los jóvenes empezaron a otorgarle un nuevo sentido a la huerta.

El punto de inflexión fue la primera cosecha. Cuando los primeros rábanos, las primeras cebollas y el primer cilantro estuvieron listos, algo cambió. La huerta comenzó a significar descubrimiento: la posibilidad de aprender algo nuevo, de comprender el "por qué" detrás de lo que ya sabían hacer. Como lo expresaron las estudiantes: "se dieron cuenta de que el conocimiento teórico no es menos que el ancestral empírico que sus papás les enseñan". La teoría, que inicialmente percibieron como imposición, comenzó a dialogar con su práctica, enriqueciéndola.

Para varios jóvenes, la huerta adquirió también un significado terapéutico. Claudia Tamayo lo observó con claridad: "He visto cómo los jóvenes la toman con entusiasmo, cómo se ríen trabajando juntos... Incluso he notado que muchos de ellos descargan ahí sus emociones, como si la tierra fuera también una forma de sanar". En un contexto de adolescentes vulnerables, muchos de ellos separados de sus familias, la huerta significó un espacio para desahogarse, para encontrar tranquilidad, para canalizar emociones.

Hacia el final del proceso, la huerta comenzó a significar orgullo y pertenencia. Ya no era "la huerta de las practicantes" o "la huerta del SENA", sino "nuestra huerta". Este sentido de pertenencia se evidenciaba en el cuidado de los cultivos, en la disposición para explicar a otros lo aprendido, en la satisfacción de ver que el esfuerzo colectivo aportaba concretamente a la alimentación de todos.

Para el señor Gil, exbeneficiario y hoy padre de un joven del Hogar, la reactivación significó la alegría de ver que su hijo podría vivir una experiencia similar a la que a él lo formó. Su testimonio, recogido en las entrevistas, expresa ese significado con claridad: "Pero vea que ahora, con ustedes retomando la idea en el 2025, eso es una bendición. Eso significa volver a las raíces, enseñarles otra vez a valorar la tierra, a no olvidar que venimos del campo". Para él, la huerta significaba continuidad intergeneracional, la transmisión de un legado.

Para Julián Agudelo, exbeneficiario de 2010, la reactivación significó la confirmación de algo que siempre supo: que la huerta era una escuela para la vida. Su testimonio, ya desde su vida adulta como soldado profesional, es quizás el más elocuente sobre el significado profundo de esta experiencia: "Hoy, siendo soldado profesional, me doy cuenta de que mucho de lo que aprendí en esa huerta me sirve en mi vida actual. La disciplina, la constancia, el trabajo en equipo... todas esas cosas que me enseñó la tierra hoy son las mismas que aplico en el Ejército. Cuando estoy en una misión o en un entrenamiento duro, me acuerdo de esos días en la huerta, donde aprendí que nada se logra sin esfuerzo y que el resultado siempre llega si se trabaja con dedicación".

Este testimonio revela que la huerta trasciende su función productiva inmediata. Es un espacio de formación humana cuyos frutos se cosechan a lo largo de toda la vida, mucho después de haber dejado el Hogar.

El conflicto con la instructora del SENA pudo haber sido solo una dificultad operativa más. Sin embargo, su significado fue revelador: evidenció que la formación técnica, por sí sola, no basta si no va acompañada de sensibilidad pedagógica y comprensión del contexto. La instructora representaba, sin saberlo, aquello que los jóvenes rechazaban: una autoridad que impone sin reconocer sus saberes previos. La mediación de las estudiantes no solo resolvió un

conflicto puntual, sino que significó la defensa de un enfoque pedagógico horizontal y respetuoso, coherente con los principios del Trabajo Social. Como ellas mismas lo expresaron: "nos tocó sentarnos, hablar con la profesora directamente y explicarle el tema de los muchachos, que ellos igual ya sabían, no era su primera vez".

La resistencia inicial de los jóvenes también tuvo un significado profundo. No era simple apatía adolescente. Era, como se dijo antes, la defensa de un saber propio, la afirmación de una identidad campesina que a menudo ha sido desvalorizada. Comprender ese significado permitió a las estudiantes no imponer, sino dialogar; no enseñar desde cero, sino articular saberes.

Las dificultades burocráticas con el SENA, el papeleo, la espera, significaron para las estudiantes el primer encuentro con las complejidades de la articulación interinstitucional en contextos rurales. Evidenciaron que los territorios como Salgar suelen ser invisibilizados por las entidades estatales, y que gestionar apoyo requiere una perseverancia que va más allá de la buena voluntad. Comprender estos significados no es un ejercicio anecdótico ni un adorno literario. Es, por el contrario, el núcleo de la sistematización y su principal aporte al Trabajo Social.

Una intervención profesional que ignora lo que las experiencias significan para las personas corre el riesgo de ser técnicamente eficiente pero humanamente vacía. Puede lograr sus objetivos productivos sembrar, cosechar, certificar pero fracasar en lo fundamental: tocar las vidas de las personas, transformar sus formas de verse a sí mismas, fortalecer sus vínculos y su sentido de pertenencia.

La huerta de Salgar ha perdurado en la memoria de quienes la vivieron precisamente porque no fue solo un espacio productivo, sino un lugar cargado de sentido. Fue escuela de vida para los fundadores, orgullo colectivo para los beneficiarios de los noventa, pérdida para quienes

vieron su deterioro, descubrimiento y sanación para los jóvenes de 2025, y escuela para la vida que aún hoy acompaña a exbeneficiarios como Julián en su vida adulta.

Este hallazgo tiene implicaciones profundas para la proyección futura de la experiencia. Porque si algo garantiza la sostenibilidad de un proceso comunitario no son solo los recursos económicos o el acompañamiento técnico siendo ambos importantes, sino el significado que tiene para quienes lo sostienen. Una huerta que significa algo para quienes la cuidan tiene muchas más posibilidades de permanecer viva que una que solo cumple una función. Los jóvenes que descubrieron en ella un espacio de aprendizaje, de sanación y de orgullo serán los primeros en defenderla cuando las practicantes se marchen, cuando las directivas cambien, cuando las dificultades aparezcan.

Integrar el significado con el hecho en esta sistematización ha implicado, entonces, un doble movimiento: por un lado, reconstruir rigurosamente lo que pasó en cada etapa de la historia de la huerta; por otro, indagar incansablemente por lo que esos hechos representaron para sus protagonistas. No se trata de dos momentos separados primero los hechos, luego los significados, sino de una mirada que en cada hecho busca el significado, y en cada significado encuentra una nueva luz para comprender el hecho.

Como lo expresó Julián Agudelo en su testimonio, la huerta es un lugar "donde se forman para la vida". Esa frase resume quizás el significado más profundo de esta experiencia: la huerta no es solo un espacio de producción de alimentos, sino un espacio de producción de humanidad. Y es precisamente ese significado el que esta sistematización ha querido rescatar, comprender y compartir, con la esperanza de que ilumine no solo el futuro de la huerta de Salgar, sino también otras experiencias de intervención social en contextos rurales.

En palabras de Claudia Tamayo, directora del Hogar: "La huerta me enseñó a ser mejor persona, y ahora quiero que les enseñe lo mismo a las nuevas generaciones". Eso es, justamente, lo que esta sistematización ha querido mostrar: que en cada semilla sembrada, en cada cosecha compartida, en cada conflicto superado, se tejen significados que trascienden el momento y acompañan a las personas mucho después de haber dejado el Hogar. Y que comprender esos significados es la tarea más importante de quien, desde el Trabajo Social, se acerca a las comunidades no para imponerles proyectos, sino para acompañarlas en la construcción de sus propios sentidos.

12 Resultados

A partir de los hallazgos de la matriz de entrevistas, el análisis de autores y los referentes teóricos sobre sistematización de experiencias, se presenta a continuación un análisis integrado que responde a los interrogantes planteados sobre el papel de la memoria, la identidad campesina y la sostenibilidad en la experiencia de la huerta.

LA HUERTA COMO SÍMBOLO DE IDENTIDAD CAMPESINA Y CONTINUIDAD EDUCATIVA

El análisis de las entrevistas revela que la huerta ha sido, a lo largo de las cinco décadas de existencia del Hogar Juvenil Campesino de Salgar, un símbolo fundamental de la identidad campesina y un eje de continuidad educativa. Los testimonios recogidos permiten comprender cómo este espacio trasciende su función productiva para convertirse en un depositario de significados culturales y pedagógicos.

El señor Gil, exbeneficiario de la década de 1990, expresa con claridad este significado: "La huerta era como la escuelita aparte, donde se formaban pa' la vida". Esta afirmación revela que la huerta no era concebida como un espacio separado de la formación, sino como parte

esencial de ella. En sus palabras, la huerta enseñaba "con la cabeza y con las manos", integrando el saber teórico con el saber hacer campesino. Esta concepción coincide con lo planteado por Zambrano et al. (2018), quienes en su estudio sobre huertas escolares señalan que estos espacios constituyen "un recurso didáctico que puede utilizarse en todos los niveles educativos, permite convertir a los centros escolares en generadores de múltiples experiencias de aprendizaje, funciona como un incentivo vivo y cambiante, que desarrolla valores positivos" (p. 459).

Claudia Patricia Tamayo, directora actual y exbeneficiaria de los años ochenta, profundiza en esta dimensión simbólica: "La huerta también tenía un valor simbólico muy fuerte. Representaba nuestras raíces campesinas y nos recordaba que ser campesino no era motivo de vergüenza, sino de orgullo". Esta afirmación es particularmente relevante porque conecta la huerta con la construcción de una identidad positiva en jóvenes que, como lo señala la CEPAL (2019), enfrentan tensiones entre la tradición y la modernidad, entre el arraigo y el deseo de migrar. La huerta se convierte así en un espacio de reivindicación de lo campesino como algo digno y valioso.

Julián Agudelo, exbeneficiario de 2010, aporta una mirada complementaria: "Hoy, siendo soldado profesional, me doy cuenta de que mucho de lo que aprendí en esa huerta me sirve en mi vida actual. La disciplina, la constancia, el trabajo en equipo... todas esas cosas que me enseñó la tierra hoy son las mismas que aplico en el Ejército". Este testimonio evidencia que la huerta no solo fue un espacio de formación para la vida campesina, sino que sus enseñanzas trascendieron ese ámbito para convertirse en herramientas útiles en contextos completamente diferentes. La huerta, entonces, forma para la vida en un sentido amplio, no solo para la vida en el campo.

La continuidad educativa que representa la huerta se evidencia en el hecho de que tres generaciones distintas (años ochenta, noventa, dos mil diez y dos mil veinticinco) han

encontrado en ella un espacio de formación. Como lo señala la matriz de análisis de entrevistas: "El análisis permite evidenciar que la huerta es una práctica histórica que ha acompañado el desarrollo del hogar desde sus orígenes, representando un símbolo de identidad campesina y continuidad educativa". Esta continuidad, sin embargo, no ha sido lineal: ha tenido períodos de esplendor, de decadencia y de reactivación, lo que muestra que la memoria y la identidad no son estáticas, sino que se reconstruyen permanentemente.

TRANSFORMACIONES COMUNITARIAS Y PRÁCTICAS COTIDIANAS: EL FORTALECIMIENTO DE PROCESOS EDUCATIVOS Y PSICOSOCIALES

Las transformaciones comunitarias no ocurren de manera abstracta, sino que se materializan en prácticas cotidianas que, al ser repetidas y compartidas, van modificando las relaciones entre las personas y su entorno. En el caso de la huerta de Salgar, estos cambios se expresaron en distintos niveles, evidenciando procesos de fortalecimiento progresivo tanto a nivel individual como colectivo. En el nivel individual, los jóvenes experimentaron transformaciones en su autoestima, en su capacidad de asombro y en su relación con el conocimiento. Como lo registran los informes de inmersión social de mayo de 2025, "jóvenes que antes permanecían aislados o poco participativos comenzaron a integrarse al grupo, motivados por el trabajo colaborativo y por el sentido de logro que genera ver el crecimiento de los cultivos". En este sentido, la práctica cotidiana de sembrar, regar y cuidar las plantas se convirtió en un medio para el desarrollo de habilidades para la vida como la paciencia, la responsabilidad y la constancia. Tal como lo expresó uno de los participantes: "sembrar ayudó a tener paciencia", evidenciando cómo una práctica agrícola puede trascender lo productivo y aportar al desarrollo personal.

En el nivel grupal, la huerta se configuró como un espacio de cohesión social. La organización por turnos, la distribución de tareas y la responsabilidad compartida frente al cuidado de los cultivos fortalecieron los vínculos entre los jóvenes. Como lo señala Julián Agudelo: “era un trabajo que exigía compromiso, porque si alguien no cumplía con su tarea, todos lo sentíamos. Eso nos unía y nos enseñaba a trabajar como un equipo”. Esta experiencia de trabajo colectivo permite evidenciar cómo las prácticas compartidas pueden favorecer la construcción de lo común, en contraste con dinámicas más individualistas presentes en otros contextos.

En el nivel comunitario, la reactivación de la huerta en 2025 implicó un proceso de articulación entre actores internos del hogar y entidades externas como el Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA). Este proceso no solo permitió transformar el espacio físico de la huerta, sino también fortalecer las relaciones institucionales y ampliar las oportunidades de formación para los jóvenes. Como se evidencia en la matriz de análisis de entrevistas, “la motivación inicial estaba orientada a garantizar el alimento y promover el trabajo cooperativo; sin embargo, con el paso del tiempo, el proceso se orientó también hacia la formación educativa y el fortalecimiento disciplinar”, lo que da cuenta de la capacidad de las prácticas comunitarias para adaptarse y resignificarse según las necesidades del contexto.

Estas transformaciones pueden comprenderse a la luz de los planteamientos de Martínez (2012), quien define el fortalecimiento psicosocial como la capacidad de los grupos para reconstruirse y fortalecerse frente a las adversidades, a partir de la participación activa y el sentido de pertenencia. En este sentido, la huerta no solo produjo alimentos, sino que se consolidó como un espacio que favoreció la construcción de vínculos, el desarrollo de capacidades y la resignificación de las relaciones entre los participantes.

LA SIEMBRA COMO ESTRATEGIA DE PRESERVACIÓN DE LA MEMORIA: MÁS ALLÁ DEL CONOCIMIENTO AGRÍCOLA

Uno de los hallazgos más significativos de esta sistematización es que la siembra en la huerta trasciende el conocimiento agrícola para convertirse en una estrategia de preservación de la memoria. Esta dimensión emerge con claridad en el análisis de los testimonios y en la comparación entre las diferentes épocas de la huerta.

La memoria como práctica: Cuando los jóvenes de 2025 siembran las mismas semillas que sembraron los jóvenes de los ochenta y los noventa, no están simplemente repitiendo una técnica agrícola. Están actualizando un saber que ha sido transmitido a través de generaciones, están conectando su presente con una historia colectiva. Como lo señala el análisis de la matriz de entrevistas: "El cambio en la diversidad de cultivos refleja la pérdida progresiva del saber ancestral campesino. Antes, la huerta era una expresión de conocimiento agrícola y cultural; con el tiempo, se limitó a lo más básico. Este deterioro evidencia la falta de acompañamiento técnico y de transmisión intergeneracional de saberes".

La memoria como resistencia: La decisión de recuperar la huerta en 2025 fue también una decisión de resistir al olvido. El terreno abandonado, cubierto de maleza, era la materialización de una memoria que se estaba perdiendo. Al recuperarlo, las estudiantes de Trabajo Social y los jóvenes no solo estaban limpiando un espacio físico, estaban desenterrando una historia. Como lo expresó Claudia Tamayo: "recuperar la huerta en el 2025 es como cerrar un ciclo. Es volver a sembrar la semilla que nunca debió apagarse".

La memoria como enseñanza: Para los jóvenes actuales, la experiencia de la huerta no partió de cero. Los testimonios de exbeneficiarios como el señor Gil y Julián Agudelo actuaron como detonantes de la acción presente. Al escuchar que "antes hubo una huerta y funcionaba",

los jóvenes comprendieron que no estaban iniciando algo nuevo, sino que estaban recuperando un legado. Este proceso de transmisión oral de la memoria es fundamental en contextos campesinos, donde el saber no se encuentra principalmente en libros, sino en las historias que se cuentan y en las prácticas que se heredan.

La matriz de análisis de entrevistas lo sintetiza así: "El relato del padre y de la directora muestra el esplendor del proyecto, mientras el de Julián evidencia el vacío institucional y emocional dejado por su abandono. La sistematización rescata precisamente este hilo temporal: cómo una práctica pedagógica puede perder fuerza si no se renueva, pero también cómo su memoria colectiva sigue viva en la comunidad".

LA HUERTA COMO ESPACIO DE CONVIVENCIA: CONSTRUCCIÓN DE LO COMÚN

La huerta del Hogar Juvenil Campesino de Salgar se ha configurado históricamente como un espacio de convivencia, entendida esta no solo como la ausencia de conflicto, sino como la construcción activa de relaciones basadas en el respeto, la cooperación y el reconocimiento mutuo.

La organización del trabajo como pedagogía de la convivencia: Los testimonios coinciden en que la huerta siempre tuvo una estructura organizativa. El señor Gil recuerda: "Se hacía por turnos, y cada grupo tenía una tarea. A veces unos regaban, otros limpiaban o cosechaban. Había normas, y el que no cumplía tenía que volver otro día". Claudia Tamayo complementa: "Siempre existió una estructura. Cada joven tenía asignado un rol semanal. Había seguimiento de las tareas y se trabajaba la huerta como parte del proceso educativo y disciplinario".

Esta organización no era un fin en sí misma, sino un medio para enseñar a vivir juntos, a respetar turnos, a cumplir acuerdos y a valorar el aporte de cada cual. En este sentido, la experiencia puede comprenderse desde la perspectiva de la educación como práctica social, en la cual el aprendizaje se construye a partir de la participación activa en dinámicas colectivas. Tal como lo plantea Paulo Freire (1970), los procesos educativos deben propiciar espacios donde los sujetos aprendan en relación con otros, a través del diálogo, la acción y la reflexión, favoreciendo la construcción de conciencia y responsabilidad colectiva.

Asimismo, este tipo de organización coincide con planteamientos sobre huertas pedagógicas, donde se reconoce que la distribución de roles y responsabilidades favorece el aprendizaje de normas de convivencia, cooperación y trabajo en equipo (FAO, 2014). De esta manera, la huerta se configura como un escenario donde lo organizativo se convierte en una herramienta formativa para la vida en comunidad.

La convivencia intergeneracional: La reactivación de 2025 implicó un diálogo entre generaciones que no había ocurrido en años. Los jóvenes escucharon los relatos de exbeneficiarios, vieron fotografías antiguas y comprendieron que la huerta había sido importante para muchas personas antes que para ellos. Este encuentro intergeneracional no solo permitió la transmisión de conocimientos, sino que también fortaleció el sentido de pertenencia hacia una historia compartida.

Como lo expresa el análisis de la matriz: “Cada uno la vivió en etapas distintas: el padre en su nacimiento, la directora en su consolidación, y Julián en su etapa de decadencia”. En este sentido, la huerta se configura como un espacio donde convergen diferentes temporalidades, permitiendo el reconocimiento del pasado, la comprensión del presente y la proyección hacia el futuro. Este proceso puede interpretarse desde la sistematización de experiencias como una

construcción de memoria colectiva, en la cual los distintos actores aportan sus vivencias para comprender la trayectoria de un proceso. Según Oscar Jara Holliday (2012), la reconstrucción de la memoria permite no solo recuperar lo vivido, sino otorgarle sentido y generar aprendizajes para el presente. De esta manera, el diálogo intergeneracional en la huerta no solo transmitió conocimientos, sino que fortaleció la identidad colectiva y el sentido de continuidad del proceso.

La convivencia con la naturaleza: La huerta también enseña una forma particular de convivencia: la convivencia con la naturaleza. Los jóvenes aprenden que las plantas tienen sus propios ritmos, que no pueden ser apresurados, que requieren cuidados constantes, pero también que responden al esfuerzo y a la dedicación. Esta relación con lo no humano se configura como una forma de aprendizaje que trasciende lo productivo, permitiendo comprender la interdependencia entre los seres humanos y el entorno natural.

En este sentido, la experiencia puede interpretarse desde la agroecología, la cual reconoce que los sistemas agrícolas no son únicamente espacios de producción, sino escenarios donde se establecen relaciones ecológicas, sociales y culturales. Como lo plantea Miguel Altieri (2018), la agroecología promueve una relación armónica con la naturaleza, basada en el respeto por los ciclos biológicos, la sostenibilidad y el reconocimiento de la interdependencia entre los seres vivos. De esta manera, la huerta se convierte en un espacio donde los jóvenes no solo aprenden a cultivar alimentos, sino también a habitar el mundo desde una lógica de cuidado, respeto y equilibrio con la naturaleza, comprendiendo que los procesos naturales requieren tiempo, atención y compromiso.

El análisis de la matriz lo sintetiza así: “Este punto refleja un cambio profundo en la forma de educar: el modelo antiguo se centraba en la disciplina y el cumplimiento, mientras el actual promueve el aprendizaje colaborativo, el liderazgo y la motivación”.

Esta transformación también se relaciona con una nueva forma de comprender la convivencia, no solo entre las personas, sino también con el entorno natural. La huerta deja de ser un espacio centrado únicamente en la obediencia de tareas para convertirse en un escenario donde los jóvenes aprenden a interactuar con los ritmos de la naturaleza, reconociendo que los procesos de crecimiento requieren tiempo, cuidado y respeto.

En este sentido, el paso de un enfoque disciplinario a uno más participativo permitió que los jóvenes no solo se involucraran de manera más activa, sino que también desarrollaran una relación más consciente con la tierra y los cultivos, comprendiendo que el aprendizaje no se impone, sino que se construye en interacción con otros y con el entorno.

EL LUGAR DE LA HUERTA SEGÚN LA GENERACIÓN: TRES MIRADAS, UN MISMO ESPACIO

Uno de los aportes más valiosos de esta sistematización es la posibilidad de comprender cómo un mismo espacio la huerta ha sido significado de manera diferente por distintas generaciones de jóvenes.

Para la generación fundadora (décadas de 1970-1980), representada en el testimonio del señor Gil, la huerta fue un espacio de supervivencia y formación básica. En un contexto de menores recursos y mayor necesidad de autosuficiencia, la huerta cumplía una función claramente productiva, pero también formativa. El señor Gil lo expresa con claridad: "La motivación, pues, era sencilla: sembrar pa' comer, pa' que no faltara el cilantro en la sopa, el frijol pa' la olla, la cebolla pa' darle sabor. Pero también, detrás de eso, estaba la enseñanza de que con disciplina y empeño se sale adelante".

Para la generación de Claudia Tamayo (década de 1980), la huerta fue un espacio de construcción de identidad y de afirmación del orgullo campesino. Su testimonio enfatiza menos

la necesidad productiva y más el valor simbólico: “La huerta también tenía un valor simbólico muy fuerte. Representaba nuestras raíces campesinas y nos recordaba que ser campesino no era motivo de vergüenza, sino de orgullo”. En una época en la que lo urbano comenzaba a ejercer una mayor atracción, la huerta funcionaba como un anclaje identitario que permitía reafirmar el sentido de pertenencia al territorio y a la cultura rural.

Este hallazgo puede comprenderse a partir de los planteamientos de Stuart Hall (1996), quien señala que la identidad no es un elemento fijo, sino una construcción social que se configura a través de prácticas, experiencias y representaciones compartidas. En este sentido, la huerta se convierte en un espacio donde se construyen y resignifican las identidades campesinas, permitiendo a los jóvenes reconocerse como parte de una tradición cultural y territorial.

De igual manera, desde una perspectiva rural, Orlando Fals Borda (1987) plantea que las prácticas campesinas no solo tienen una función productiva, sino también un valor cultural y simbólico que contribuye a la construcción de identidad colectiva. Así, la huerta no solo representaba un espacio de cultivo, sino un escenario donde se fortalecía el sentido de pertenencia, la memoria rural y el reconocimiento del valor del ser campesino.

Para la generación de Julián Agudelo (2010), la huerta fue un espacio de transición y pérdida. Julián alcanzó a conocerla en sus últimos momentos de funcionamiento, cuando ya comenzaba a deteriorarse. Su testimonio está marcado por la nostalgia y la conciencia de lo que se estaba perdiendo: “Me dolió mucho, porque yo sabía lo que se estaba perdiendo”. Esta percepción evidencia cómo los espacios comunitarios también se configuran como referentes afectivos y simbólicos, cuya desaparición genera rupturas en la memoria colectiva.

Para la generación actual (2025), la huerta se ha configurado como un espacio de descubrimiento y resignificación. Los jóvenes que inicialmente mostraron resistencia,

expresando que “ya todo lo conocían”, fueron transformando su percepción a medida que avanzaba el proceso. La primera cosecha representó un punto de inflexión, ya que al evidenciar resultados tangibles de su esfuerzo comenzaron a valorar no solo el producto, sino el proceso mismo. Como lo expresan las estudiantes: “se dieron cuenta de que el conocimiento teórico no es menos que el ancestral empírico que sus papás les enseñan”, lo que refleja un diálogo entre saberes tradicionales y conocimientos técnicos.

La matriz de análisis lo resume así: “La huerta, según los tres testimonios, fue más que un espacio productivo: representó un lugar terapéutico y de identidad, donde se fortalecían valores como la constancia, el respeto y el trabajo conjunto. Cada generación la vivió desde un enfoque distinto, lo que evidencia que la educación emocional y la pedagogía de la tierra pueden contribuir al fortalecimiento psicosocial”.

Este hallazgo puede comprenderse desde la perspectiva de la memoria colectiva, entendida como un proceso mediante el cual los grupos sociales construyen y resignifican sus experiencias a lo largo del tiempo. Según Oscar Jara Holliday (2012), la sistematización de experiencias permite recuperar los significados que los actores otorgan a lo vivido, evidenciando continuidades y transformaciones entre diferentes momentos históricos. Asimismo, desde el enfoque del desarrollo psicosocial, Urie Bronfenbrenner (1979) plantea que los procesos de interacción en contextos significativos influyen directamente en la construcción de habilidades sociales, emocionales y en la configuración de la identidad.

En este sentido, la huerta puede entenderse como un escenario que articula memoria, experiencia y aprendizaje, donde cada generación no solo la vive de manera distinta, sino que contribuye a resignificar su sentido, fortaleciendo tanto los vínculos individuales como los colectivos.

LA FALTA DE MEMORIA Y APROPIACIÓN: CÓMO SE SORTEÓ LA SITUACIÓN

El abandono de la huerta entre 2010 y 2024 no fue un hecho fortuito. Fue el resultado de la confluencia de múltiples factores, entre los cuales la pérdida de memoria y de apropiación jugaron un papel central.

Las causas del abandono: Los testimonios identifican varias causas interrelacionadas: cambios administrativos que implicaron pérdida del impulso institucional, falta de recursos, ausencia de acompañamiento técnico, sobrecarga académica de los jóvenes y, fundamentalmente, la pérdida del sentido de pertenencia. Como lo expresa Julián Agudelo: "Faltaba apoyo, había menos recursos, y también nosotros los jóvenes teníamos más carga académica. Poco a poco se fue dejando de lado, hasta que ya no se le daba la misma importancia". El señor Gil complementa: "Se fue dejando porque no había quien la cuidara, los jóvenes ya no querían trabajar y se dañó la costumbre".

La memoria latente: A pesar del abandono físico, la memoria de la huerta no desapareció por completo. Permaneció viva en los relatos de exbeneficiarios como el señor Gil y Julián Agudelo, así como en los recuerdos de Claudia Tamayo. Esta memoria, aunque no se encontraba materializada en el espacio, persistía en las narrativas, en las experiencias compartidas y en los significados atribuidos al lugar.

En este sentido, puede hablarse de una memoria latente que, aunque no siempre visible, se mantiene activa en los sujetos y en sus relatos, configurándose como un elemento fundamental para la reconstrucción de procesos comunitarios. Tal como lo plantea Elizabeth Jelin (2002), la memoria no es un registro estático del pasado, sino un proceso dinámico de construcción social que se activa en el presente a través de las experiencias, los relatos y las disputas de sentido.

Desde esta perspectiva, la reactivación de la huerta no surge únicamente como una iniciativa externa, sino como el resultado de esa memoria que permanecía en quienes habían vivido el proceso anteriormente. Cuando las estudiantes de Trabajo Social se interesaron por el terreno abandonado, no encontraron solo maleza, sino una trama de significados, historias y experiencias que daban cuenta de la importancia que la huerta había tenido para la comunidad. De esta manera, la memoria se convierte en una semilla simbólica que posibilita la reactivación del proceso, permitiendo articular pasado y presente en la construcción de nuevas experiencias colectivas.

Cómo se sorteó la situación: La reactivación de la huerta en 2025 no fue un proceso lineal ni exento de dificultades, sino una experiencia marcada por múltiples retos que exigieron estrategias de adaptación, mediación y participación por parte de las estudiantes.

Uno de los principales desafíos fue la resistencia inicial de los jóvenes, quienes manifestaban desinterés frente a la propuesta. Para abordar esta situación, las facilitadoras optaron por una estrategia de participación horizontal, involucrándose directamente en las labores de la huerta, trabajando junto a ellos y mostrando, a través del ejemplo, que no se trataba de “profesionales externas” que llegaban únicamente a dirigir el proceso. Esta decisión permitió reducir la distancia inicial y generar, de manera progresiva, mayor cercanía y disposición por parte de algunos participantes.

De manera paralela, el proceso estuvo atravesado por dificultades burocráticas en la articulación con el Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA), lo que implicó la gestión constante de trámites y el cumplimiento de requisitos institucionales para lograr el acompañamiento técnico. Asimismo, surgieron tensiones en el desarrollo del proceso formativo con la instructora asignada, lo que hizo necesario mediar entre las dinámicas del grupo y el

enfoque pedagógico propuesto, buscando un equilibrio que permitiera reconocer y valorar los saberes previos de los jóvenes.

A estas dificultades se sumaron limitaciones en cuanto a herramientas y recursos materiales, las cuales fueron afrontadas mediante el uso de materiales reciclados y la implementación de soluciones creativas que permitieron dar continuidad a las actividades de la huerta.

Sin embargo, más allá de estas estrategias operativas, uno de los elementos clave para fortalecer el proceso fue la reactivación de la memoria colectiva. A través de entrevistas a exbeneficiarios, la revisión de fotografías antiguas y los relatos de Claudia Tamayo, las estudiantes lograron que los jóvenes actuales comenzaran a reconocerse como parte de una historia previa. En este sentido, la memoria no operó como un simple recuerdo del pasado, sino como un recurso que permitió dotar de sentido al presente. Tal como lo plantea Elizabeth Jelin (2002), la memoria se activa en función de las necesidades del presente y contribuye a la construcción de significados compartidos. De esta manera, la huerta dejó de percibirse como una iniciativa aislada y pasó a entenderse como la continuidad de un proceso histórico, fortaleciendo la apropiación y el sentido de pertenencia de los jóvenes frente al proyecto.

ACCIÓN DE MEMORIA, REPARACIÓN Y RECONSTRUCCIÓN DEL TEJIDO COMUNITARIO

Para analizar la experiencia de la huerta desde la perspectiva de la memoria, la reparación y la reconstrucción del tejido comunitario, resulta pertinente retomar los planteamientos sobre memoria colectiva y resignificación del pasado. Aunque el Hogar Juvenil de Salgar no ha sido escenario del conflicto armado en los mismos términos que otras regiones del país, la experiencia

de abandono y deterioro de la huerta puede leerse como una herida simbólica que requería ser resignificada.

En este sentido, la memoria no se limita a recordar lo ocurrido, sino que permite reconstruir significados y reconfigurar las relaciones con el pasado. Tal como lo plantea Elizabeth Jelin (2002), los procesos de memoria implican disputas de sentido y reconstrucciones desde el presente, lo que posibilita que experiencias de pérdida puedan transformarse en oportunidades de resignificación colectiva.

La memoria como acción reparadora: Cuando las estudiantes de Trabajo Social decidieron recuperar la huerta, no estaban simplemente reactivando un espacio productivo, sino reconociendo que algo valioso se había perdido y que esa pérdida requería ser elaborada colectivamente. En este sentido, la memoria no se limita a evocar el pasado, sino que implica una acción en el presente, orientada a resignificar lo vivido y a reconstruir los sentidos asociados a esa experiencia.

Tal como lo plantea Elizabeth Jelin (2002), la memoria es un proceso social dinámico que se activa desde el presente y que permite a los sujetos reinterpretar el pasado en función de sus necesidades actuales. Desde esta perspectiva, recordar no es un acto pasivo, sino una práctica que puede tener efectos transformadores en la vida colectiva.

Así, la recuperación de la huerta puede entenderse como una forma de acción reparadora, en la medida en que permitió reabrir un proceso que había quedado inconcluso, otorgándole nuevos significados. Como lo expresa Claudia Tamayo: “recuperar la huerta en el 2025 es como cerrar un ciclo”. Este “cerrar un ciclo” puede interpretarse como una metáfora de reparación simbólica, en la que la comunidad no solo recuerda lo que fue, sino que actúa para reconstruirlo, integrando pasado y presente en una nueva experiencia colectiva.

La memoria como reconstrucción del tejido comunitario: El abandono de la huerta no representó únicamente la pérdida de un espacio físico, sino también el debilitamiento de los vínculos sociales que se habían tejido en torno a este lugar. La huerta había funcionado históricamente como un escenario de encuentro, de trabajo colectivo y de transmisión de saberes, por lo que su deterioro implicó, a su vez, una fragmentación de esa trama comunitaria.

En este sentido, la reactivación de la huerta en 2025 puede entenderse como un proceso de reconstrucción del tejido comunitario, en la medida en que permitió establecer vínculos entre distintos actores: los jóvenes actuales, los exbeneficiarios, la dirección del hogar y entidades externas como el Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA). Asimismo, facilitó la circulación de relatos, experiencias y saberes que habían permanecido dispersos, posibilitando el reencuentro con una historia compartida.

Desde esta perspectiva, la memoria no se limita a conservar el pasado, sino que actúa como un recurso que permite reconstruir relaciones sociales en el presente. Tal como lo plantea Elizabeth Jelin (2002), la memoria es un proceso social activo que se produce en la interacción entre sujetos, a través del cual se elaboran significados y se configuran sentidos de pertenencia. En este caso, la activación de la memoria permitió rearticular a la comunidad en torno a la huerta, no solo como espacio productivo, sino como un lugar cargado de significado colectivo.

Como lo expresa el señor Gil: “Pero vea que ahora, con ustedes retomando la idea en el 2025, eso es una bendición. Eso significa volver a las raíces, enseñarles otra vez a valorar la tierra, a no olvidar que venimos del campo”. Este testimonio evidencia cómo la memoria no solo remite al pasado, sino que orienta acciones en el presente, contribuyendo a fortalecer la identidad colectiva y a reconstruir los vínculos comunitarios que habían sido debilitados.

En esta experiencia, la memoria no se vincula a un hecho victimizante en términos de violencia, sino a un proceso de pérdida y abandono que afectó un espacio significativo para la comunidad. En este sentido, más que una garantía de no repetición, la memoria opera como un recurso para el aprendizaje colectivo y la sostenibilidad del proceso.

La sistematización de la experiencia cumple un papel fundamental en este sentido, ya que permite comprender las causas que llevaron al deterioro de la huerta, identificar los factores que incidieron en su abandono y generar reflexiones orientadas a su continuidad en el tiempo. Tal como lo plantea Oscar Jara Holliday (2012), la sistematización no solo reconstruye lo vivido, sino que produce aprendizajes que orientan la acción futura. De esta manera, la memoria se convierte en una herramienta que no solo permite comprender el pasado, sino también proyectar el proceso hacia el futuro.

A su vez, este ejercicio de memoria se construyó de manera colectiva, involucrando a diferentes actores del proceso: exbeneficiarios como el señor Gil y Julián Agudelo, la directora Claudia Tamayo, los jóvenes actuales, las estudiantes de Trabajo Social y la instructora del Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA). Cada uno aportó sus experiencias, saberes y perspectivas, lo que permitió construir una comprensión más amplia y plural de la historia de la huerta.

En este sentido, la memoria no se configura como un relato único o cerrado, sino como un proceso dinámico que se construye en el diálogo y en la interacción entre los sujetos. Tal como lo plantea Elizabeth Jelin (2002), la memoria es un proceso social en el que se negocian y reconstruyen los sentidos del pasado desde el presente. Este carácter colectivo resulta fundamental para fortalecer el tejido comunitario, ya que permite integrar distintas experiencias y generar un sentido de pertenencia compartido.

En este marco, las recomendaciones de los actores adquieren un valor significativo para la sostenibilidad del proceso. Como lo expresa Claudia Tamayo: “Mi recomendación es que nunca más se deje perder. Que siempre exista acompañamiento, que las instituciones como el SENA sigan apoyando con la parte técnica, y que la comunidad entienda que esta huerta no es solo un proyecto de temporada, sino un pilar del Hogar”. Esta reflexión evidencia cómo la memoria, al recuperar lo vivido y generar aprendizajes, contribuye a orientar acciones que buscan dar continuidad al proyecto y evitar su abandono en el futuro.

SOSTENIBILIDAD INTEGRAL: SIGNIFICADO Y PAPEL EN EL PROCESO DE LA HUERTA

El concepto de sostenibilidad integral emerge como una categoría clave para comprender y proyectar la experiencia de la huerta del Hogar Juvenil Campesino de Salgar. A partir del análisis de las entrevistas y de los referentes teóricos, es posible definir la sostenibilidad integral como aquella que articula dimensiones productivas, sociales, educativas, ambientales y emocionales, garantizando no solo la continuidad física del proyecto, sino la permanencia de sus significados y la reproducción de sus aprendizajes. Las dimensiones de la sostenibilidad integral en la huerta:

1. Dimensión productiva: La huerta debe ser capaz de producir alimentos de manera continua y eficiente. En 2025, las primeras cosechas de cilantro, cebolla y tomate demostraron que esto era posible. Sin embargo, como lo señalan los testimonios, la sostenibilidad productiva requiere insumos, herramientas, semillas y conocimientos técnicos. El apoyo del SENA fue crucial en este aspecto.

2. Dimensión social: La huerta debe ser un espacio que convoque, que genere sentido de pertenencia y que fortalezca los vínculos entre los participantes. La reactivación de 2025 logró

esto, pero el desafío es mantenerlo en el tiempo, especialmente cuando los jóvenes actuales egresen y lleguen otros nuevos.

3. Dimensión educativa: La huerta debe ser reconocida institucionalmente como un espacio pedagógico, no como una actividad extracurricular prescindible. La propuesta de integrarla al plan educativo del Hogar apunta en esta dirección. Como lo señala el documento de sistematización de experiencias exitosas de huertos escolares (FAO, 2013): "El huerto debe considerarse como una experiencia y un instrumento de aprendizaje Integral, incluyendo temas de cultura, hábitos alimentarios, consumo de productos locales, medio ambiente, etc." (p. 39).

4. Dimensión ambiental: La huerta debe ser agroecológica, respetuosa con el entorno, capaz de conservar la biodiversidad y los recursos naturales. Las prácticas enseñadas por el SENA (abonos orgánicos, control biológico de plagas) apuntan en esta dirección.

5. Dimensión emocional: La huerta debe seguir siendo un espacio terapéutico, un lugar donde los jóvenes puedan canalizar emociones, encontrar tranquilidad y fortalecer su autoestima. Esta dimensión, quizás la más intangible, es también la más profunda y la que más garantiza la sostenibilidad: un joven que ha encontrado en la huerta un espacio de sanación emocional difícilmente la abandonará.

La sostenibilidad integral como recomendación: A partir del análisis de la experiencia, es posible formular la siguiente recomendación:

Para garantizar la sostenibilidad integral de la huerta del Hogar Juvenil Campesino de Salgar, se recomienda adoptar un enfoque que articule las cinco dimensiones identificadas: productiva, social, educativa, ambiental y emocional. Esto implica:

1. Institucionalizar la huerta como parte permanente del proyecto educativo del Hogar, incorporándola en los planes de estudio y asignando responsables institucionales de su seguimiento.

2. Mantener el acompañamiento técnico del SENA u otras instituciones afines, garantizando la actualización permanente de conocimientos y la solución de problemas fitosanitarios.

3. Fortalecer el relevo generacional, diseñando estrategias para que los nuevos jóvenes que ingresen al Hogar se apropien de la huerta con el mismo entusiasmo que los actuales. Esto puede lograrse mediante la conformación de un grupo de "guardianes de la memoria" que transmitan la historia y los aprendizajes.

4. Gestionar recursos de manera sostenida, diversificando las fuentes de financiamiento (alianzas con el municipio, la gobernación, el sector privado, venta de excedentes) y promoviendo la autogestión.

5. Sistematizar permanentemente la experiencia, no como un ejercicio puntual, sino como una práctica continua que permita evaluar avances, identificar dificultades y generar aprendizajes que retroalimenten el proceso.

El papel de la sostenibilidad integral en la sistematización: La sistematización de esta experiencia no solo reconstruye el pasado, sino que proyecta el futuro. Al identificar las dimensiones que deben ser sostenidas, al analizar los factores que facilitaron o dificultaron la continuidad en el pasado, la sistematización se convierte en una herramienta para la sostenibilidad. Como lo plantea el modelo PESA de la FAO (2011), la sistematización busca "rescatar los aprendizajes de las prácticas, ordenar críticamente lo vivido y generar

conocimientos que orienten la acción futura". En este sentido, la sostenibilidad integral no es solo un objetivo de la huerta, sino también un criterio orientador de la propia sistematización.

CONCLUSIÓN DEL ANÁLISIS

La experiencia de la huerta del Hogar Juvenil Campesino de Salgar evidencia que los espacios productivos pueden ser, al mismo tiempo, espacios de memoria, de identidad, de convivencia y de transformación psicosocial. La memoria colectiva, lejos de ser un adorno del pasado, se revela como una fuerza viva capaz de movilizar el presente y proyectar el futuro. La sostenibilidad integral, por su parte, se configura como el horizonte hacia el cual deben orientarse los esfuerzos institucionales y comunitarios.

La sistematización ha permitido comprender que la huerta no es solo un lugar donde se siembran alimentos, sino un lugar donde se siembran historias, se cultivan relaciones y se cosechan aprendizajes que trascienden generaciones. En palabras de Julián Agudelo: "Si algo les puedo decir a los jóvenes que están ahora en el Hogar es que aprovechen la huerta. Que no la vean como un simple trabajo, sino como un lugar donde se forman para la vida". Esta es, quizás, la síntesis más profunda de todo lo analizado: la huerta forma para la vida, y esa formación, cuando es integral y sostenible, no tiene fecha de vencimiento.

El proceso de reactivación de la huerta agroecológica en el Hogar Juvenil Campesino permitió evidenciar una serie de resultados que se manifiestan en dimensiones productivas, pedagógicas, psicosociales e institucionales. Estos resultados no se dieron de manera inmediata, sino que fueron el producto de un proceso gradual, atravesado por resistencias, ajustes metodológicos y aprendizajes colectivos.

En términos productivos, uno de los resultados más significativos fue la recuperación física del espacio destinado a la huerta. Un terreno que inicialmente se encontraba en

condiciones de abandono fue transformado en un espacio funcional para el cultivo, mediante la limpieza, organización del área, preparación del suelo y reactivación de la compostera. Este proceso permitió la siembra de diferentes cultivos como rábanos, cebolla y cilantro, los cuales posteriormente dieron lugar a la primera cosecha. Este logro no solo evidenció la viabilidad del proyecto, sino que también demostró la capacidad del grupo para sostener un proceso productivo a partir del trabajo colectivo.

En el plano pedagógico, se logró consolidar un proceso de aprendizaje significativo basado en la experiencia. Los jóvenes no solo participaron en actividades prácticas, sino que también comenzaron a comprender los fundamentos técnicos y teóricos de la agricultura, relacionados con el tipo de suelo, el cuidado de las plantas y los ciclos de crecimiento. Este resultado se fortaleció a partir de la articulación con el Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA), lo cual permitió integrar conocimientos técnicos al proceso. De esta manera, se generó un aprendizaje que trascendió lo empírico y favoreció una comprensión más integral del trabajo en la huerta, en coherencia con enfoques de aprendizaje experiencial (John Dewey).

En cuanto a la dimensión psicosocial, se evidenciaron transformaciones progresivas en la actitud de los jóvenes frente al proyecto. Aunque inicialmente predominaban la apatía y la resistencia, con el tiempo algunos participantes comenzaron a involucrarse de manera más activa, especialmente al evidenciar resultados concretos como el crecimiento de las plantas y la cosecha. Este proceso favoreció el desarrollo de habilidades como la responsabilidad, la constancia y el trabajo en equipo, así como la construcción de vínculos más cercanos entre los participantes. La huerta se configuró como un espacio de encuentro que facilitó la interacción, el diálogo y la cooperación, contribuyendo al fortalecimiento de la convivencia.

Asimismo, se logró avanzar en la articulación de saberes, integrando los conocimientos previos de los jóvenes provenientes de sus contextos familiares campesinos con los aportes técnicos brindados durante el proceso formativo. Este diálogo permitió resignificar prácticas que antes se realizaban de manera empírica, dotándolas de mayor comprensión y sentido. En este aspecto, la experiencia se alinea con el enfoque de diálogo de saberes planteado por Paulo Freire, donde el conocimiento se construye de manera colectiva a partir de la interacción entre distintas formas de saber.

En el ámbito institucional, uno de los resultados más relevantes fue la consolidación de una alianza con el Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA), lo cual permitió el acompañamiento formativo en agricultura sostenible. Este logro implicó superar barreras administrativas, coordinar esfuerzos entre diferentes actores y fortalecer la gestión del proyecto. Además, se logró vincular a otras instituciones educativas de la región, ampliando el alcance del proceso y generando redes de colaboración.

Por otra parte, la primera cosecha se constituyó como un resultado clave que marcó un punto de inflexión en el proceso. Este momento permitió materializar el esfuerzo colectivo, generando en los jóvenes una sensación de logro y una mayor valoración del trabajo realizado. La posibilidad de ver y recoger los frutos de su propio trabajo contribuyó a transformar la percepción inicial de la huerta, pasando de ser una actividad impuesta a un espacio con sentido y utilidad dentro del hogar.

Finalmente, en términos de sistematización y aprendizaje profesional, el proceso permitió a las facilitadoras fortalecer sus capacidades de intervención, gestión y reflexión crítica sobre la práctica. La experiencia evidenció que los procesos sociales no son lineales ni predecibles, y que requieren flexibilidad, adaptación y una comprensión profunda del contexto. Asimismo, permitió

reconocer que las intervenciones no solo generan transformaciones en los participantes, sino también en quienes las acompañan.

En conjunto, los resultados obtenidos evidencian que la huerta se consolidó como un espacio integral que articula dimensiones productivas, educativas y sociales, aportando al fortalecimiento del bienestar de los jóvenes y al desarrollo de procesos colectivos dentro del Hogar Juvenil Campesino.

12.1 Interpretación general de los resultados de sistematización

Los resultados obtenidos en el proceso de reactivación de la huerta agroecológica permiten comprender que las transformaciones alcanzadas no pueden explicarse únicamente desde lo técnico o productivo, sino que responden a dinámicas relacionales, pedagógicas e institucionales que se articularon de manera compleja a lo largo de la experiencia.

En primer lugar, la resistencia inicial de los jóvenes no debe interpretarse como desinterés absoluto, sino como una expresión de las experiencias previas asociadas al trabajo agrícola. Para muchos de ellos, la huerta evocaba prácticas vinculadas a la obligación y al esfuerzo impuesto en sus contextos familiares, lo que generaba rechazo frente a una actividad que percibían como repetitiva o poco significativa. En este sentido, la transformación de esta percepción evidencia que el sentido de una actividad no está dado por su naturaleza, sino por la manera en que es vivida y resignificada dentro de un contexto específico.

La evolución del proceso muestra que el cambio en la actitud de los jóvenes estuvo directamente relacionado con la transformación de las estrategias pedagógicas implementadas. El paso de una lógica implícita de exigencia hacia un enfoque basado en la participación, el ejemplo y el acompañamiento cercano permitió generar condiciones más favorables para la vinculación. Este hallazgo reafirma que los procesos educativos en contextos comunitarios requieren

enfoques horizontales, donde los participantes no sean receptores pasivos, sino sujetos activos del aprendizaje, en coherencia con los planteamientos de Paulo Freire.

Asimismo, la experiencia permite interpretar que el aprendizaje significativo no se produjo en el momento de la enseñanza teórica, sino en la articulación entre la práctica, la experiencia y la reflexión. La primera cosecha, por ejemplo, no solo representó un resultado productivo, sino un punto de comprensión donde los jóvenes lograron conectar el hacer con el entender. Esto sugiere que los procesos formativos adquieren mayor sentido cuando permiten evidenciar resultados concretos, facilitando la apropiación del conocimiento, tal como lo plantea John Dewey.

Por otra parte, la articulación entre saberes empíricos y conocimientos técnicos no solo fortaleció el aprendizaje, sino que permitió resignificar la experiencia campesina de los jóvenes. Lejos de invalidar sus conocimientos previos, el proceso los reconoció como un punto de partida legítimo, lo que favoreció una mayor disposición hacia el aprendizaje. Esta interacción evidencia la importancia del diálogo de saberes como estrategia pedagógica, en la cual diferentes formas de conocimiento se complementan y enriquecen mutuamente (Miguel Altieri).

En el plano relacional, los resultados permiten interpretar que la confianza no se construyó a partir del rol profesional, sino desde la coherencia y la experiencia compartida. La participación activa de las facilitadoras en las labores de la huerta transformó la percepción de los jóvenes, quienes dejaron de verlas como figuras externas para reconocerlas como parte del proceso. Esto evidencia que en contextos comunitarios el vínculo es un elemento central para el desarrollo de cualquier iniciativa, y que este se construye a partir de la cercanía, la constancia y el reconocimiento mutuo.

En cuanto a la dimensión institucional, las dificultades en la gestión del acompañamiento con el Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA) permiten interpretar que los procesos comunitarios están condicionados por estructuras administrativas que no siempre responden a las necesidades del territorio. Sin embargo, también se evidencia que la articulación interinstitucional, aunque compleja, puede generar resultados significativos cuando se logra consolidar, ampliando las oportunidades de aprendizaje y fortaleciendo el proceso formativo.

Otro aspecto relevante es la relación entre el tiempo y los resultados. La experiencia demuestra que los procesos sociales requieren continuidad y constancia para generar transformaciones. La huerta no produjo cambios inmediatos, pero el sostenimiento de las actividades permitió que, progresivamente, se evidenciaran avances. Esto refuerza la idea de que los resultados en contextos comunitarios deben entenderse como procesos acumulativos y no como logros instantáneos.

Finalmente, uno de los hallazgos más significativos es que el proceso no solo transformó a los jóvenes, sino también a las facilitadoras. La experiencia implicó un ejercicio constante de adaptación, cuestionamiento y aprendizaje, evidenciando que la intervención social es un proceso bidireccional en el que todos los actores se ven interpelados. Este elemento resulta clave en la sistematización de experiencias, ya que permite comprender la práctica como un espacio de construcción colectiva de conocimiento, tal como lo plantea Oscar Jara Holliday.

En conjunto, la interpretación de los resultados permite afirmar que la huerta se consolidó como un escenario de transformación que trasciende lo productivo, configurándose como un espacio donde se articulan aprendizajes, relaciones y significados. Más que un resultado final, la experiencia evidencia la importancia del proceso mismo como generador de cambio, en el que la participación, el diálogo y la constancia se constituyen como elementos fundamentales.

CAPÍTULO III

14 Recomendaciones y Aprendizajes

14.1 Recomendaciones

A partir de la experiencia desarrollada en la reactivación de la huerta agroecológica en el Hogar Juvenil Campesino, se proponen las siguientes recomendaciones orientadas a fortalecer futuros procesos de intervención comunitaria y educativa en contextos similares.

En primer lugar, se recomienda diseñar estrategias de participación desde el inicio del **proceso**, involucrando activamente a los jóvenes en la toma de decisiones relacionadas con la organización de las actividades, los horarios y las dinámicas de trabajo. La experiencia evidenció que la participación no se garantiza mediante la imposición, sino que se construye a partir del reconocimiento de los intereses, motivaciones y ritmos de los participantes. En este sentido, resulta clave promover espacios de diálogo donde los jóvenes puedan expresar sus opiniones y sentirse parte del proceso, en coherencia con enfoques participativos de la educación (Paulo Freire).

En segundo lugar, se sugiere evitar la programación de actividades en horarios destinados al descanso, ya que esto puede generar resistencia y afectar la disposición de los participantes. Es importante realizar una lectura previa de las dinámicas cotidianas del grupo y adaptar las actividades a momentos del día donde exista mayor energía y apertura para el trabajo colectivo.

Otra recomendación fundamental es fortalecer el enfoque de diálogo de saberes, reconociendo los conocimientos previos de los jóvenes como un recurso valioso dentro del proceso formativo. La articulación entre saberes empíricos y conocimientos técnicos no solo enriquece el aprendizaje, sino que también contribuye a generar mayor apropiación y sentido

frente a las actividades desarrolladas, en línea con los principios de la agroecología (Miguel Altieri).

Asimismo, se recomienda promover metodologías basadas en el ejemplo y la participación activa, en las cuales quienes facilitan el proceso se involucren directamente en las actividades. La experiencia demostró que el acompañamiento cercano y el trabajo compartido contribuyen a reducir barreras, generar confianza y fortalecer los vínculos entre los actores participantes.

En el ámbito institucional, se sugiere anticipar los tiempos administrativos y fortalecer la gestión interinstitucional. La articulación con entidades como el Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA) requiere procesos formales que pueden tomar tiempo, por lo que es importante iniciar estas gestiones con anticipación, mantener canales de comunicación constantes y contar con el apoyo de la dirección de la institución.

De igual manera, se recomienda establecer acuerdos pedagógicos claros con los actores externos, como instructores o facilitadores, con el fin de alinear metodologías, expectativas y formas de relación con los jóvenes. Esto puede prevenir tensiones y garantizar que el proceso formativo se desarrolle en coherencia con las necesidades del contexto.

Otra recomendación clave es dar continuidad a los procesos más allá de la intervención puntual. Para garantizar la sostenibilidad de la huerta, es importante que se definan responsables internos, se promueva el relevo de roles entre los jóvenes y se generen estrategias que permitan mantener el espacio activo en el tiempo.

Asimismo, se sugiere visibilizar los logros del proceso, especialmente aquellos que tienen un impacto tangible, como las cosechas. Estos momentos fortalecen la motivación, permiten

reconocer el esfuerzo colectivo y contribuyen a consolidar el sentido del proyecto dentro de la comunidad.

Finalmente, se recomienda continuar promoviendo procesos de sistematización de experiencias, ya que permiten reflexionar sobre la práctica, identificar aprendizajes y aportar conocimientos a otros contextos similares. Tal como plantea Oscar Jara Holliday, la reflexión crítica sobre la experiencia es fundamental para comprenderla y transformarla.

14.2 Aprendizajes

El proceso de reactivación de la huerta agroecológica en el Hogar Juvenil Campesino permitió identificar una serie de aprendizajes significativos que trascienden lo técnico y se ubican en el campo de lo pedagógico, lo relacional y lo institucional. Estas lecciones no emergen únicamente de los logros alcanzados, sino principalmente de las dificultades, tensiones y ajustes que se presentaron a lo largo de la experiencia.

En primer lugar, se evidenció que la participación no puede imponerse, sino que debe construirse progresivamente a partir del interés, la motivación y el sentido que los participantes le otorgan al proceso. Las resistencias iniciales de los jóvenes mostraron que obligar a participar puede generar cumplimiento momentáneo, pero no apropiación ni sostenibilidad. En este sentido, la experiencia reafirma que los procesos comunitarios requieren metodologías que reconozcan a los sujetos como actores activos en la construcción del aprendizaje, en coherencia con los planteamientos de Paulo Freire, quien destaca la importancia de la participación y el diálogo como base de toda práctica educativa transformadora.

En segundo lugar, se comprendió que la coherencia entre el discurso y la práctica es fundamental. La estrategia de “mostrar con el ejemplo”, a través de la participación directa de las facilitadoras en las labores de la huerta, permitió reducir la distancia con los jóvenes y generar

confianza. Este aprendizaje evidencia que el rol del profesional en contextos comunitarios no puede limitarse a la orientación externa, sino que debe implicar un involucramiento real que legitime el proceso desde la experiencia compartida.

Una tercera lección se relaciona con la importancia de generar un diálogo de saberes entre lo técnico y lo empírico. Lejos de invalidar los conocimientos previos de los jóvenes, el proceso permitió reconocerlos como punto de partida para la construcción de nuevos aprendizajes. La articulación entre saberes campesinos y conocimientos técnicos fortaleció la comprensión de las prácticas agrícolas y permitió resignificar la experiencia, en línea con enfoques que promueven la integración de diferentes formas de conocimiento (Miguel Altieri).

Asimismo, se evidenció que los tiempos institucionales y administrativos pueden convertirse en un obstáculo significativo en la implementación de procesos comunitarios. La gestión del acompañamiento con el Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA) mostró la necesidad de contar con habilidades de gestión, paciencia y capacidad de articulación interinstitucional. Este aprendizaje resalta que la viabilidad de los proyectos no depende únicamente de la motivación de los actores, sino también de las dinámicas estructurales que regulan el acceso a recursos y apoyos institucionales.

Otra lección clave fue la necesidad de adecuar las actividades a los ritmos y dinámicas de los participantes. La programación de las jornadas en horarios de descanso generó resistencia, lo que permitió comprender que la planificación debe construirse de manera participativa y contextualizada. Los procesos sostenibles son aquellos que logran integrarse de manera armónica a la vida cotidiana de las personas.

De igual manera, la experiencia permitió reconocer el valor de la constancia en los procesos. A pesar de las dificultades, el trabajo continuo en la huerta hizo posible evidenciar

resultados concretos, como la primera cosecha, que se convirtió en un punto de inflexión en la percepción de los jóvenes. Este momento confirmó que los procesos educativos basados en la experiencia requieren tiempo para generar aprendizajes significativos, tal como lo plantea John Dewey.

Finalmente, uno de los aprendizajes más relevantes fue comprender que los procesos de intervención no solo transforman a los participantes, sino también a quienes los acompañan. La experiencia implicó un proceso de aprendizaje personal para las facilitadoras, quienes tuvieron que adaptarse, cuestionar sus propias concepciones y construir nuevas formas de relación con el territorio y con los jóvenes. Esto reafirma que las prácticas sociales son escenarios de transformación mutua, donde el conocimiento se construye de manera colectiva.

En conjunto, estas lecciones permiten concluir que la huerta no solo funcionó como un espacio productivo o educativo, sino como un escenario de aprendizaje integral, en el que se articularon dimensiones sociales, pedagógicas e institucionales. La sistematización de esta experiencia permite visibilizar estos aprendizajes y aportar elementos clave para el desarrollo de futuros procesos comunitarios, en coherencia con la idea de que reflexionar sobre la práctica es fundamental para transformarla (Oscar Jara Holliday).

¿Qué se logró de la experiencia?

La experiencia de reactivación de la huerta agroecológica en el Hogar Juvenil Campesino permitió alcanzar logros significativos que trascienden lo productivo y se ubican en dimensiones pedagógicas, sociales, institucionales y personales.

En primer lugar, se logró la recuperación y puesta en funcionamiento de la huerta como un espacio productivo. Un terreno que inicialmente se encontraba en estado de abandono fue transformado en un lugar activo de cultivo, donde se desarrollaron procesos de siembra, cuidado

y cosecha de alimentos como rábanos, cebolla y cilantro. Este logro material evidenció que, a pesar de las dificultades, era posible consolidar un proceso sostenible a partir del trabajo colectivo.

En segundo lugar, se alcanzó un proceso de aprendizaje significativo en los jóvenes, quienes no solo participaron en actividades prácticas, sino que lograron comprender los fundamentos técnicos y teóricos de la agricultura. La articulación con el Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA) permitió fortalecer este proceso formativo, integrando conocimientos técnicos con saberes previos. De esta manera, los jóvenes pasaron de “hacer por costumbre” a “hacer comprendiendo”, lo cual enriqueció su relación con la tierra.

Asimismo, se logró una transformación progresiva en la actitud de los jóvenes frente al proceso. Aunque inicialmente predominaban la apatía y la resistencia, con el tiempo algunos participantes comenzaron a involucrarse de manera más activa, especialmente al evidenciar resultados concretos como el crecimiento de las plantas y la cosecha. Esto permitió fortalecer habilidades como la responsabilidad, la constancia y el trabajo en equipo.

Otro logro importante fue la construcción de vínculos más cercanos y horizontales entre las facilitadoras y los jóvenes. A través de estrategias como el “mostrar con el ejemplo”, se redujeron las barreras iniciales y se generó un ambiente de mayor confianza, donde la huerta se convirtió en un espacio de encuentro, diálogo y cooperación. Este tipo de relación se alinea con enfoques participativos de la educación, donde el aprendizaje se construye de manera conjunta (Paulo Freire).

De igual manera, se logró la articulación entre saberes empíricos y conocimientos técnicos, reconociendo el valor de los aprendizajes heredados de las familias campesinas y

complementándolos con fundamentos teóricos. Este diálogo de saberes permitió resignificar prácticas agrícolas y fortalecer una comprensión más integral del proceso de cultivo.

En el ámbito institucional, se logró consolidar una alianza con el SENA, superando barreras administrativas y logísticas. Este resultado permitió el acompañamiento formativo en agricultura sostenible y amplió las oportunidades de aprendizaje para los jóvenes, además de fortalecer las redes de apoyo del hogar.

Otro logro significativo fue la generación de un impacto tangible en la vida cotidiana del hogar, ya que la producción de alimentos aportó, aunque de manera inicial, al consumo interno. Este resultado material reforzó la percepción de utilidad del proyecto y contribuyó a que los jóvenes valoraran el trabajo realizado.

Finalmente, uno de los logros más importantes fue el aprendizaje profesional y personal de las facilitadoras, quienes desarrollaron habilidades de gestión, adaptación, trabajo comunitario y reflexión crítica sobre la práctica. La experiencia permitió comprender que los procesos sociales son complejos, no lineales y profundamente humanos, y que la intervención implica también una transformación de quienes la realizan.

En conjunto, lo logrado en la experiencia demuestra que la huerta no solo se consolidó como un espacio de producción, sino como un escenario integral de aprendizaje, construcción colectiva y transformación social, donde el valor del proceso fue tan importante como los resultados alcanzados.

Anexo

[Análisis de Entrevistas \(1\) \(1\).xlsx](#)

Referencias Bibliográficas

- FAO. (2011). Sistematización de experiencias: guía metodológica del Programa Especial para la Seguridad Alimentaria (PESA). Roma: Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura
- Ghiso, A. (2000). Sistematización de experiencias: Aprendizajes de la práctica. Bogotá: Dimensión Educativa.
- Jara, O. (2018). La sistematización de experiencias: práctica y teoría para otros mundos posibles. San José, Costa Rica: Alforja.
- Hogares Juveniles Campesinos de Colombia. (2003). Documento formativo: Huertas escolares y comunitarias como espacios pedagógicos. Bogotá: HJC.
- Hogar Juvenil Campesino de Salgar. (1998). Informe anual institucional. Salgar, Antioquia: Hogar Juvenil Campesino Jesús Naranjo Valencia.
- Servicio Nacional de Aprendizaje – SENA. (2025). Programa de formación en agricultura ecológica. Medellín: SENA.

- Altieri, M. A. (2002). *Agroecología: bases científicas para una agricultura sustentable*. Montevideo: Nordan-Comunidad.
- FAO. (2014). *Huertos familiares y seguridad alimentaria*. Roma: Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura.
- Gliessman, S. R. (2007). *Agroecology: The ecology of sustainable food systems*. Boca Raton: CRC Press.
- OMS. (2013). *Salud mental y bienestar psicosocial: Guía de intervención*. Ginebra: Organización Mundial de la Salud.
- Martín-Baró, I. (1986). *Hacia una psicología de la liberación*. San Salvador: UCA Editores.
- Montero, M. (2004). *Introducción a la psicología comunitaria: Desarrollo, conceptos y procesos*. Buenos Aires: Paidós.
- Altieri, M. A. (2018). *Agroecology: The science of sustainable agriculture* (3rd ed.). CRC Press.
- Bronfenbrenner, U. (1979). *The ecology of human development: Experiments by nature and design*. Harvard University Press.
- Centro Internacional de Educación y Desarrollo Humano (CINDE). (2008). *Sistematización de experiencias educativas: Una propuesta para la reflexión y producción de conocimiento desde la práctica*. CINDE.
- Dewey, J. (1938). *Experience and education*. Macmillan.
- Food and Agriculture Organization of the United Nations (FAO). (2014). *Building a common vision for sustainable food and agriculture: Principles and approaches*. FAO.
- Gliessman, S. R. (2015). *Agroecology: The ecology of sustainable food systems* (3rd ed.). CRC Press.

- Instituto Colombiano Agropecuario (ICA). (2017). *Manual de buenas prácticas agrícolas*. ICA.
- Jara Holliday, O. (2012). *La sistematización de experiencias: Práctica y teoría para otros mundos posibles*. Centro de Estudios y Publicaciones Alforja.
- Kolb, D. A. (1984). *Experiential learning: Experience as the source of learning and development*. Prentice Hall.
- Marchioni, M. (2007). *Planificación social y organización de la comunidad*. Popular.
- Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural. (2018). *Política de desarrollo rural integral*. Gobierno de Colombia.
- Organización Mundial de la Salud (OMS). (2004). *Promoción de la salud mental: Conceptos, evidencia emergente y práctica*. OMS.
- UNICEF. (2011). *Adolescence: An age of opportunity*. United Nations Children's Fund.
- Bourdieu, P. (1990). La juventud no es más que una palabra. En *Sociología y cultura*. México: Grijalbo.
- UNESCO. (2015). *Políticas de juventud y participación juvenil*. París: UNESCO.
- Feixa, C. (1998). *De jóvenes, bandas y tribus*. Barcelona: Ariel.
- Hogares Juveniles Campesinos de Colombia. (2010). *Modelo educativo y comunitario*. Bogotá: HJC.
- Freire, P. (1970). *Pedagogía del oprimido*. México: Siglo XXI Editores.
- UNESCO. (2015). *Educación rural y desarrollo sostenible*. París: UNESCO.
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI.
- Halbwachs, M. (2004). *La memoria colectiva*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Ricoeur, P. (2004). *La memoria, la historia, el olvido*. Madrid: Trotta.

- Fals Borda, O. (1987). La investigación-acción participativa en Colombia. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Sen, A. (1999). Development as Freedom. New York: Oxford University Press.
- Leff, E. (2004). Racionalidad ambiental: la reapropiación social de la naturaleza. México: Siglo XXI Editores.
- Pécaut, D. (2001). Guerra contra la sociedad. Bogotá: Planeta